

La Ilustración



Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 18 DE OCTUBRE DE 1915

NÚM. 1.764



La guerra europea. - La despedida del soldado. (De fotografía de Carlos Trampus.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Madrid. Los anteproyectos del monumento a Cervantes.* — *La guerra europea.* — *Madrid. La Fiesta de la Raza.* — *Enrique Fabre.* — *Lisboa. Toma de posesión del nuevo Presidente de la República.* — *¿Más fuerte que el amor?*, novela original de Salvador Farina, ilustrada por Vicente Carreres. — *Barcelona. Notas de actualidad.* — *Melilla. Interesantes descubrimientos arqueológicos.* — *Libros.*

Grabados. — *La guerra europea. La despedida del soldado.* — *Los anteproyectos del monumento a Cervantes* (dieciocho fotografías). — *Pedro I de Serbia.* — *Fernando I de Bulgaria.* — *Constantino I de Grecia.* — *Fernando I de Rumania.* — *Mapa de la península de los Balcanes.* — *Fuerzas francesas reunidas detrás de un montículo esperando la orden de atacar las posiciones enemigas.* — *Grupo de prisioneros rusos con sus bequias ametralladoras.* — *Madrid. La Fiesta de la Raza.* — *El ilustre entomólogo francés Enrique Fabre.* — *Lisboa. Toma de posesión del nuevo Presidente de la República.* — *Barcelona. Manifestación en pro de la zona neutral y de otras reformas económicas.* — *Sun Andrés de Pa'omar. Inauguración del primer chalet de la futura Ciudad Jardín.* — *Melilla. Descubrimientos arqueológicos interesantes.* — *Johannesburgo. Recepción en honor de los generales Botha y Smits.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No os agrada el otoño?

A mí, mucho, a pesar de los días cortos y de las largas noches en que el viento os arrulla y la lluvia provoca al sueño, con la dulce sensación de la seguridad de un techo que os cobija.

El otoño da al paisaje tonos rojizos, tostados, ráfagas de oro viejo y oxidado metal, y salpica el celaje de nubes extrañas, dragones replegados sobre sí mismos, desmelenadas quimeras, sierpes escamosas, pájaros antediluvianos, pterodáctilos de monstruosa silueta.

A veces, se diría que ejércitos en pugna se amazan con armas de los antiguos tiempos: la lanza blandida, la espada que vibra con furor en el apretado puño.

Y un minuto después, en vez de combatientes desfila una teoría de pálidos fantasmas que van evaporándose y se difunden sin dejar rastro.

Con el otoño, llegan los frutos sabrosos, las cosechas regaladas y conservables.

El melón azucarado y la sandía de vivo rubí; la azofofa rosada y la acerola de oro; la castaña de sayo pardo, que tanto divierte asar en las grandes chimeneas góticas, a la llama viva, en la hoguera crepitante; la avellana tostadera; las peras tardías, chorreando agua; las manzanas, con su sano agri-dulce; hasta los acedos nisperos, con su rara cata-lura y su sabroso catar, cuando están bien maduros, es decir, bien descompuestos y manidos.

El otoño viene con su cesto colmado, y da a manos llenas, riendo al recoger el sazonado racimo, en el cesto rústico.

Las vendimias son otra alegría otoñal.

Desde los tiempos primitivos, la alegría no ha variado.

Estas costumbres que no cambian, que fueron tales desde el principio del mundo, tienen un ahincado sello de poesía.

Se han inventado máquinas para sulfatar, abonos químicos; pero no se ha inventado nada que sustituya al antiguo sistema de coger el racimo con la mano...

Las fiestas de Baco son eternas.

Y no espero que, después de esta guerra que tantas cosas variará, aparezca ninguna que cambie totalmente el aspecto de la vendimia.

Tienen algo de rítmico y de fatal las labores del campo.

Se diría que no es el hombre, sino la naturaleza, quien las impone.

Por eso se modifican tan poco.

* *

Sin embargo, el hombre sabe influir en la naturaleza.

Ha transformado las especies vegetales y también las animales por medio del cultivo y cruce, y les ha comunicado cualidades que no tenían.

Del diminuto puerfano silvestre, que nadie puede tragar, ha hecho la pera fundente y las mantecosas, que pesan kilos.

De las ramplonas hortalizas, ha hecho plantas de adorno, de las muy preciadas.

Las berzas ornamentales son más hermosas que cualquier flor o follaje de los que se ostentan en jardines y jarrones.

El cardo es también un lindo adorno, y no digamos la remolacha, con sus amplias hojas de un púrpura bronceado.

Una revolución en la horticultura y jardinería, es

la introducción de las variedades que del Japón se traen.

Ya teníamos buen recuerdo de las «naranjas de la China» que han llegado a constituir una frase proverbial; ahora son los melocotones, melones, peras y ciruelas japoneses, los que van inundando nuestros vergeles.

Y no se limitan a frutas de original figura y sabor, sino que también nos ofrecen forrajes desconocidos.

Por ejemplo, ahí están los famosos *Daikones*.

En los gráficos que acompañan a los prospectos de esta raíz, aparece el daikón como un gigante: una mujer va cargada con un solo fruto de la enorme crucífera, y no puede con él.

Naturalmente, los que son como yo, un poco labradores, abren el ojo.

Les vendría muy bien el daikón como forraje, para las vacas, en el invierno.

Lo siembran con ilusión, ateniéndose estrictamente a las instrucciones del prospecto susodicho, después de haber pagado bastante cara la semilla. Y recogen una raíz de mediano tamaño, podrida ya, y que parece una mandrágora por lo fea.

Conviene pues atenerse a las enseñanzas de un tío mío sumamente inteligente en agricultura y en otras cosas, y que, harto de experiencias huera, solía repetir:

— No comas fruta hasta que la coman los soldados, y no hagas lo que no haya hecho antes que tú mucha gente.

En efecto: por virtud de aquella misteriosa estabilidad que he notado en las cosas campestres, rara vez las novedades dan buen resultado en agricultura.

* *

Yo soy del número de los inquietos, que sienten un estímulo que les obliga a estar siempre experimentando; pero confieso que, en materia agrícola, hago malísimamente.

El famoso *grass* inglés sale aquí muy semejante al pelo del rabo de un gato cuando lo eriza.

Todo el mundo se queja del *grass*, pero nadie tiene la franqueza de decir:

«Si señor, hay un césped británico que será muy distinguido, muy honorable; pero nace lo propio que un cepillo viejo. Yo prefiero sembrar la yerba de nuestros prados, y a vivir.»

Más vale atenerse a lo conocido, aunque nos fastidie a los curiosos.

He resuelto dejar los *daikones* para los *samurais* (estos guerreros japoneses, debido al soneto de Heredia, están muy de moda) y cultivar buenamente calabazos.

¿Y qué, si hiciésemos unos prospectos de esas magníficas cucurbitáceas y los repartiésemos en el Japón (suponiendo que allí no existan calabazos, no lo sé) y los acompañásemos con fotografías impresionantes, no harían gran efecto?

No hay daikón, por gigante que sea, que emule a un soberbio «cabeza de turco» de los que aquí, sin dificultades de cultivo, se producen...

Hay pues que respetar, también en esto, la tradición, y acaso en esto sobre todo, como queda dicho...

Porque, desde Columela acá, ha llovido; pero las abejas siguen haciendo miel y las vides dando racimos...

* *

Y entretanto, mientras la Naturaleza, plácida, no altera el giro de sus estaciones, he aquí que se preparan para otro invierno de guerra, más extensa y encarnizada, los hombres de tantos pueblos. Es la danza general de la muerte.

Hay una porción de señoras que no se cansan de remitirme impresos, a fin de que me asocie a sus tareas en pro de la paz.

En el Comité Internacional de estas señoras tienen representación Austria, Bélgica, Dinamarca, Alemania, la Gran Bretaña e Irlanda, Hungría, Italia, los Países Bajos, Noruega, Suecia, los Estados Unidos.

El proyecto de un Congreso Internacional de mujeres adquirió consistencia en una pequeña Conferencia femenina, de damas pertenecientes a los países neutrales y beligerantes (o sea a todos los países), que se verificó en Amsterdam en los primeros días de febrero de 1915.

El Congreso no se convocó sin exigir a las Congresistas que estuviesen conformes con ciertas bases. Una de ellas es que las cuestiones entre naciones deben ser resueltas por medios pacíficos; otra, que

las mujeres deben gozar del derecho del sufragio. Además, el Congreso se sujetó a no discutir las responsabilidades nacionales relativas a la guerra presente, ni las reglas a que han de someterse las guerras en lo futuro...

En las sesiones del Congreso, las mujeres protestaron contra la locura y los horrores de la guerra, contra los abusos odiosos que más especialmente afectan a la mujer, contra la violencia de que es víctima, y apremiaron a los poderes del mundo entero para que entablen las negociaciones de paz.

Piden además que ninguna cesión de territorio se verifique sin el consentimiento de los habitantes de ambos sexos; que no se niegue a ningún pueblo la autonomía y un parlamento democrático; que, en lo sucesivo, toda discusión internacional se resuelva por el arbitraje; que la política exterior sea sometida a una previa censura democrática, y que las mujeres disfruten de iguales derechos políticos que los hombres.

Además, piden a los países neutrales que sin dilación se reúnan en Conferencia para mediar, y que la guerra termine, sometiendo a los beligerantes proposiciones razonables como base de la paz.

Y todo ello, o casi todo, lo suscribiría yo con ambas manos, si tuviese la menor esperanza de un resultado beneficioso cualquiera...

Es decir: distingámonos.

En los *claims* o peticiones del Congreso noto tres cosas, a mi ver, muy distintas, y cuyo enlace no entiendo.

Hay la reclamación de la paz perpetua, la supresión de las guerras entre naciones.

Hay la reclamación de los derechos políticos (y supongo que civiles, aunque no se expresa), de la mujer.

Y hay el espíritu democrático para las instituciones.

Sin género de duda, no están enlazadas estas tres aspiraciones del Congreso.

El que las instituciones de un país sean o dejen de ser democráticas, no ha sido nunca obstáculo para que ese país guerree y hasta tenga un carácter esencialmente belicoso.

No es en los países de carácter democrático, en las Repúblicas, sino en ciertas Monarquías, donde la mujer goza de los derechos políticos como el hombre.

Desde luego convengo con las Congresistas en que no puede llamarse democracia aquella en que la mujer carece de derechos y el hombre los disfruta.

Lo que no me agradaría sería que, bajo un aspecto feminista y social, se rebozase una mera parcialidad política.

* *

En cuanto a la protesta contra la guerra, desde el punto de vista humano, ¿quién no se adhiere a ella?

Sobre todo contra esta guerra tan descomunal, tan prolongada, tan agotadora, tan cruel, menos por las violencias que la acompañan, que por su misma esencia.

Pero... ¿no tiene algo de pueril suponer que nuestras súplicas y nuestras protestas femeniles vayan a influir en un fenómeno que tiene raíces hondísimas en la realidad económica, histórica y política?

Yo no lo puedo remediar: este aspecto del Congreso me recuerda la campanilla de los truenos, que usan algunas señoras y en la cual creen...

Y la mujer, para llegar a la plenitud de su derecho, lo primero que tiene que hacer es evitar parecerse al niño.

Yo sostengo que esta guerra ha de traer resultados beneficiosos para la mujer, a pesar de los horribles sufrimientos que a tantas inflige.

Ha servido para que la mujer ejerza infinitos oficios que antes monopolizaba el hombre; ha aproximado a los dos sexos, en el terreno común y puede decirse que militar del servicio hospitalario.

Ha roto mil trabas, en ventaja de las más nobles virtudes y sanas energías.

Y es que la guerra es, ante todo, dinámica, y para la mujer, lo peor es la estática.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
es la única legítima Sal de Carlsbad

MADRID. - LOS ANTEPROYECTOS DEL MONUMENTO A CERVANTES. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

En los palacios del Retiro se ha inaugurado recientemente la exposición de los anteproyectos para el monumento a Cervantes presentados al concurso abierto por la Junta encargada de honrar la memoria del Príncipe de los ingenios españoles con motivo del tercer centenario de su muerte.

S. M. el Rey, que tanto se interesa por todo cuanto representa trabajo y actividad, que protege constantemente a nuestros artistas y que tan preferente atención consagra al centenario de Cervantes, tuvo especial empeño en inaugurar personalmente la exposición, y en efecto, el día 5 de este mes acudió al Retiro acompañado de su augusta esposa.

El acto inaugural no revistió carácter alguno de solemnidad y se redujo a una detenida visita, que duró cerca de hora y media, de todas las salas de los dos palacios.

SS. MM., a quienes acompañaban la duquesa de San Carlos y el marqués de la Torrejón, fueron recibidas al pie de la escalinata del Palacio de Exposiciones por S. A. la Infanta doña Isabel, el presidente del Consejo de ministros señor Dato, los subsecretarios de la Presidencia y de Instrucción Pública marqués de Santa Cruz y D. Jorge Silvela, el duque de Tovar, el conde de Pinofiel, el académico Sr. Puyol, el barón de la Vega de Hoz, el director general de Seguridad Sr. Méndez Alanís,

Morejón, D. José Gómez Ocaña y el Sr. González Aurioles, y el secretario Sr. Pérez Mínguez.

Las Reales personas fueron objeto de una calu-

para todos los cuales tuvieron frases de gran elogio.

D. Alfonso, al terminar la visita, sintetizó la impresión que en general le había producido la exposición en los siguientes términos:

«Es una manifestación de arte tan grande, que estoy verdaderamente asombrado y maravillado. Y no hay que decir lo muy satisfecho que estoy de este resultado. No hay un solo anteproyecto que no merezca admirarse; algunos son verdaderamente geniales. ¡Qué lástima que gran parte de esta labor tenga que perderse irremediablemente!»

Entonces el duque de Tovar puso en manos de S. M. la siguiente instancia:

«A S. M. el Rey.

»Señor: La bondadosa acogida que siempre halla en V. M. toda súplica justificada, me alienta a mí - que toda la vida me parece poca para demostrar a mi amado señor el agradecimiento por tantas y tantas mercedes como de V. M. he recibido - para pedirle una nueva, aprovechando la ocasión de que haya hon-

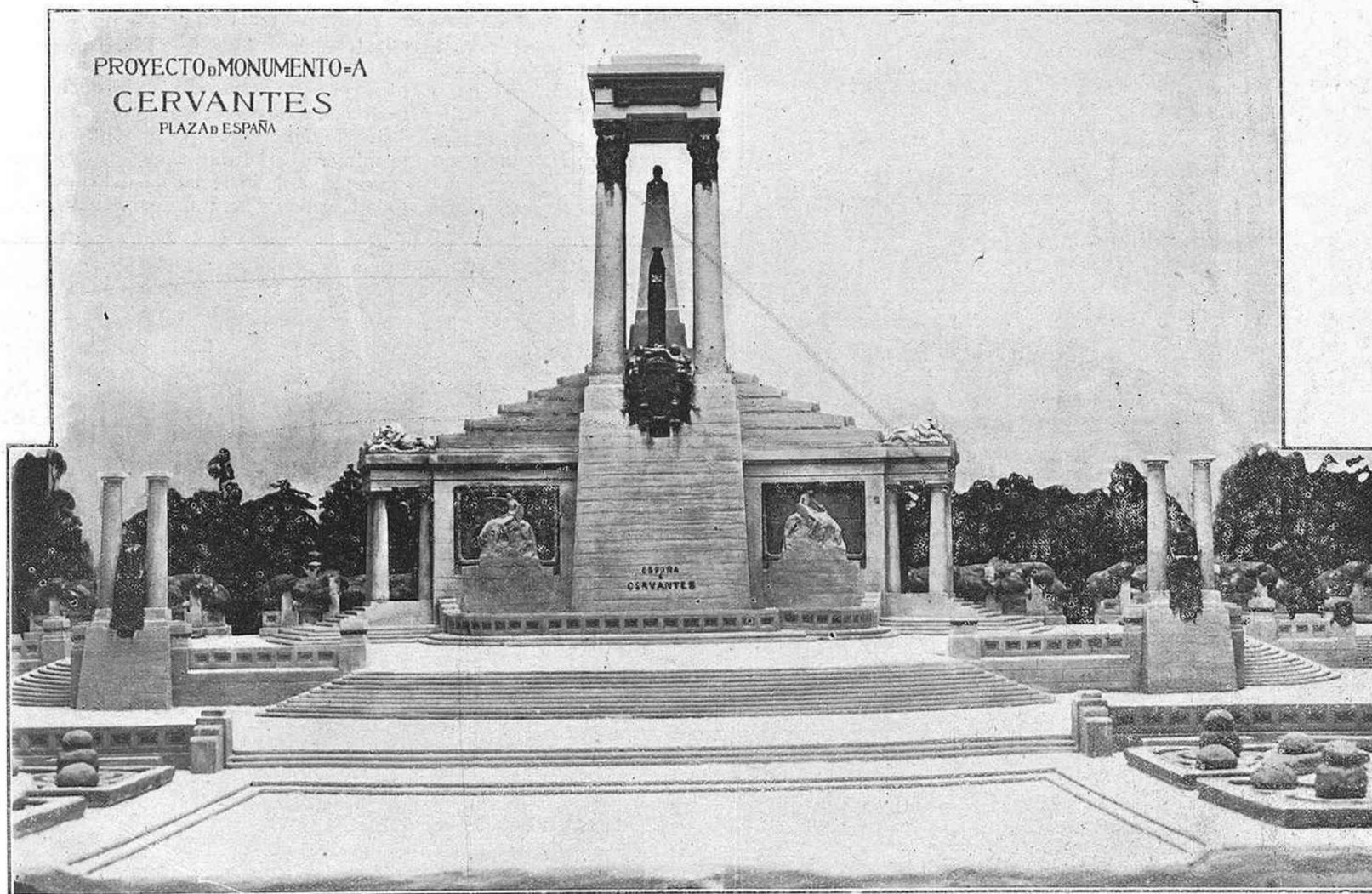
rado con su presencia este concurso, celebrado para elegir el monumento con que la Patria ha de honrar al inmortal Cervantes, y en el que se halla congregada la casi totalidad de los escultores y arquitectos españoles. Consiste mi súplica en rogar a V. M. que interceda con su Gobierno para que, como aliento a estos artistas, que han puesto en sus



SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y D.^a Victoria inaugurando la exposición de anteproyectos instalada en los palacios del Retiro

rosa manifestación de simpatía por parte del numeroso público que se hallaba estacionado frente al palacio.

SS. MM. recorrieron las dos instalaciones, una en el Palacio de Exposiciones que consta de 21 salas en las que hay expuestos 47 anteproyectos, y otra en una sala del Palacio de Cristal en la que se exhi-

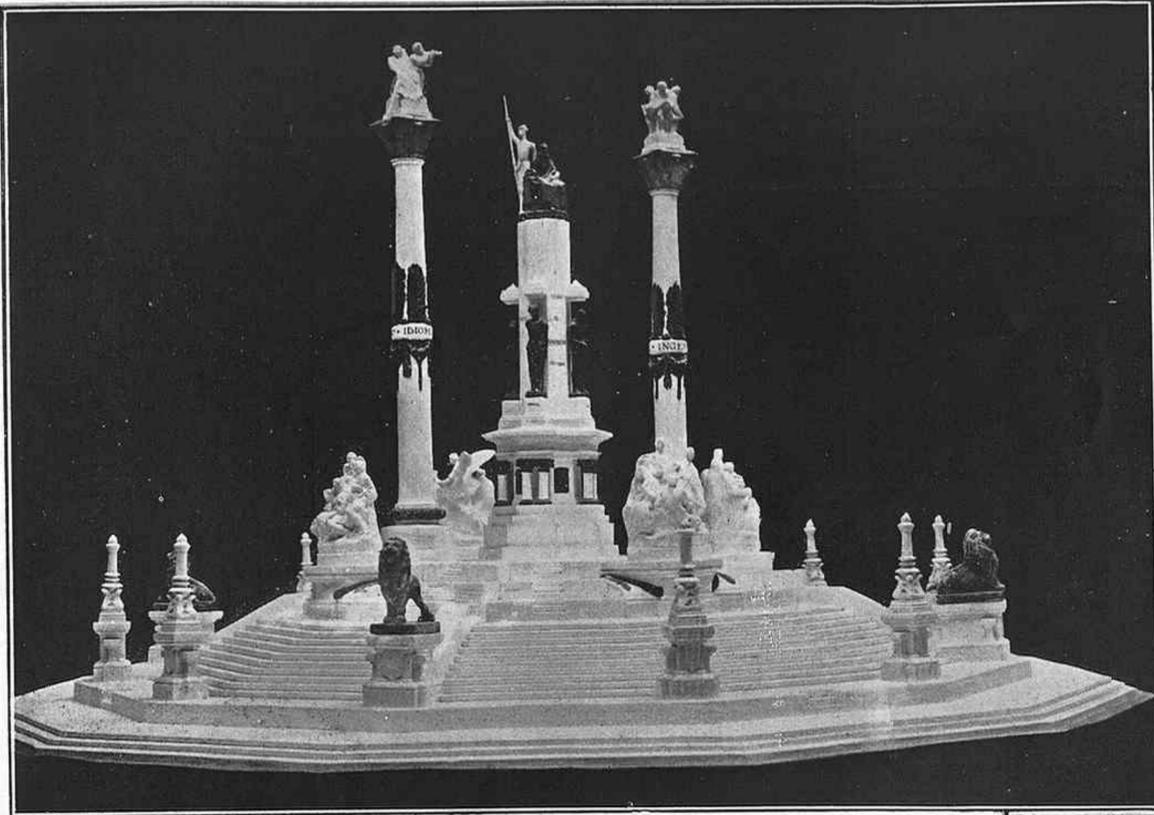


Anteproyecto de Jesús Gargallo (escultor) y de Manuel del Pazo (arquitecto)

y una comisión del Comité del Centenario formada por el presidente Sr. Rodríguez Sampedro, los vocales D.^a Blanca de los Ríos, D. José M.^a Ortega

ben seis, examinando atentamente uno por uno todos los bocetos y escuchando las explicaciones que acerca de éstos les daban sus respectivos autores,

obras todo su corazón y su entusiasmo, se les indemnice de alguna manera de los gastos que han tenido que hacer para concurrir a este certamen; pues sa-



Anteproyecto de J. Carrera Dellender (escultor) y Losada (arquitecto)

bido es la falta de protección que tienen los artistas españoles, y las dificultades con que tropiezan en la vida.

«Madrid, 5 de octubre de 1915. — A los Reales Pies de V. M., *El duque de Tovar.*»

S. M., después de felicitar al duque de Tovar por los deseos manifestados en su instancia, le manifestó haberse anticipado a ellos resolviendo, de acuerdo con el gobierno, que los anteproyectos que no resulten premiados sean adquiridos para el Museo de Arte Moderno y que se concedan recompensas a sus autores.

A la una y media abandonaron SS. MM. el Palacio de Cristal, siendo despedidas con calurosos vivas y aplausos.

El presidente del Consejo de ministros confirmó

luego las manifestaciones que el Rey había hecho al duque de Tovar, diciendo, además, que se sacarán fotografías y se formarán álbumes para que todo el mundo pueda apreciar el mérito artístico de los anteproyectos y el alto nivel que en nuestra patria han alcanzado la Arquitectura y la Escultura, y que sus autores serán propuestos para alguna recompensa honorífica que les sirva de recuerdo y de aliento por el esfuerzo realizado.

El éxito del concurso ha superado a todas las esperanzas. La labor hecha por los escultores y arquitectos ha sido tan extraordinaria, que cuantos han visitado la exposición han reconocido que desde hacía mucho tiempo no se había visto una manifestación tan espléndida de talento y arte.

La excelcitud de la inmortal figura cuya memoria se trata de perpetuar en el monumento ha inspirado a

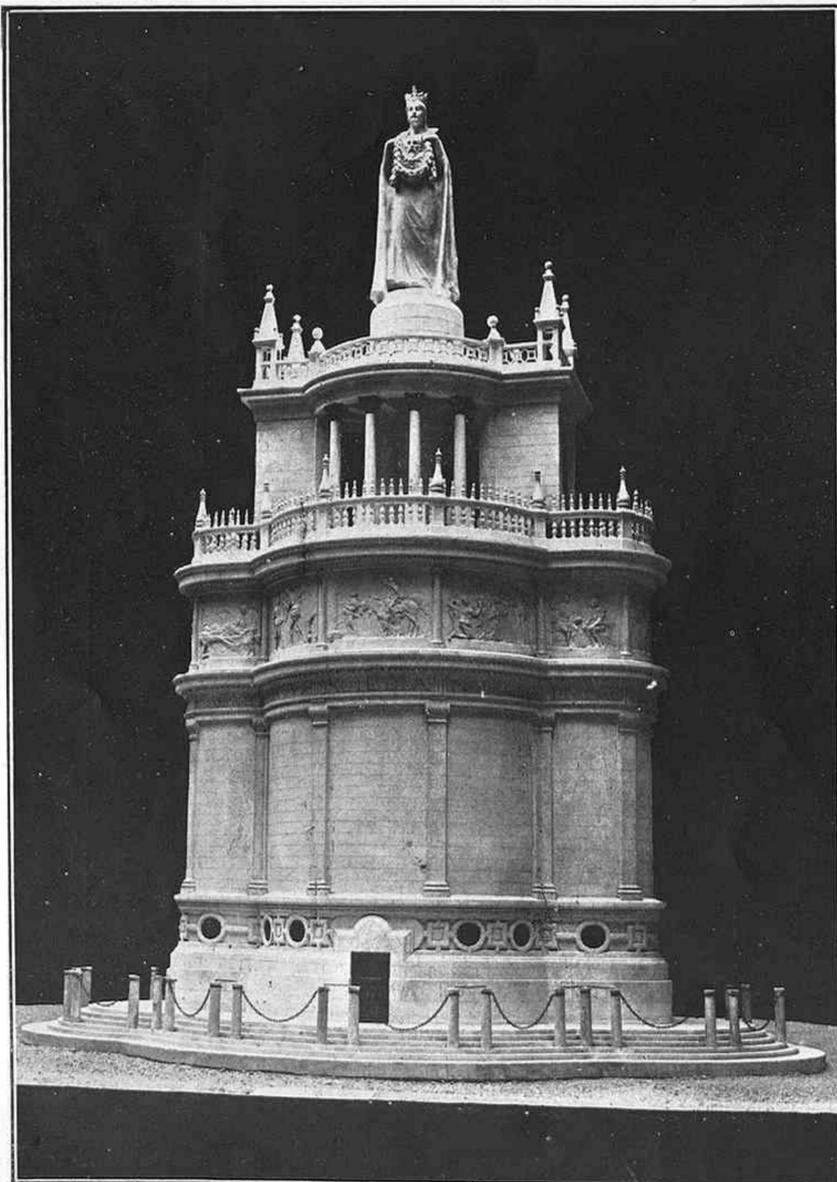
los artistas altas ideas que han traducido en proyectos de carácter diverso y de los estilos más varios, pero todos grandiosos, en los cuales destacan naturalmente en preferente término los principales personajes y las escenas culminantes del *Quijote*.

Y hay que tener en cuenta que con ser tantos en número los anteproyectos presentados, el Jurado se ha visto obligado a rechazar otros varios bocetos, bien por no ajustarse a las bases del reglamento, bien por haber sido presentados después del plazo fijado.

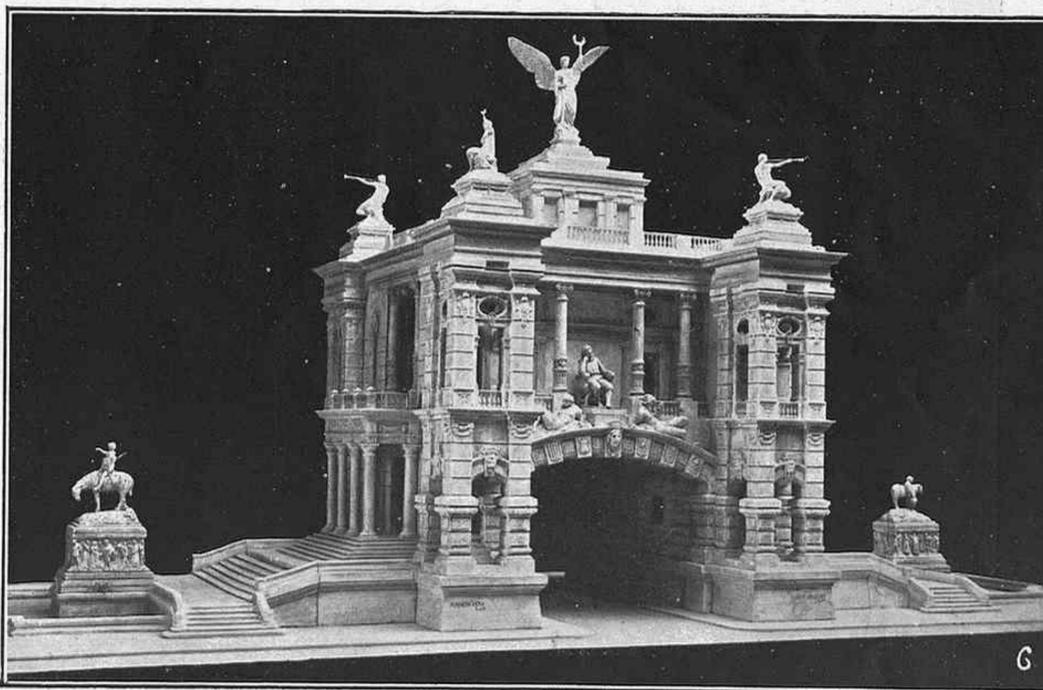
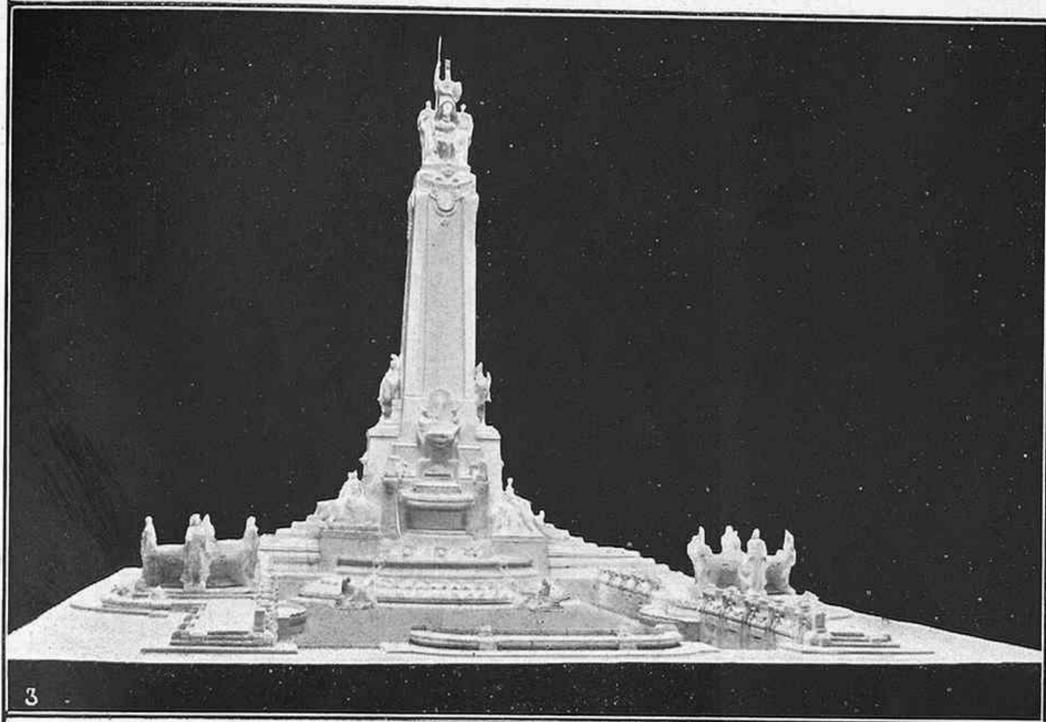
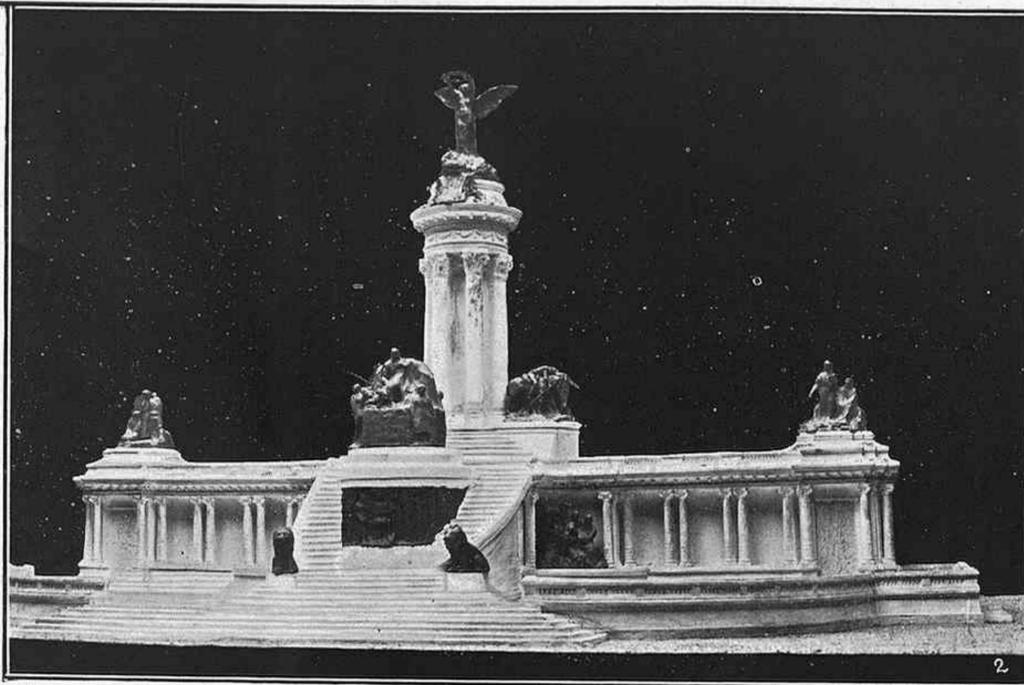
Los anteproyectos que reproducimos en el presente número permitirán a nuestros lectores formarse concepto de la importancia del concurso celebrado y de la valía de los trabajos presentados al mismo.



Anteproyecto de Rafael G. Irurozqui (escultor) y M. Ruiz Senén (arquitecto)



Anteproyecto de Manuel Delgado Brackenbury (escultor) y Vicente Traver Tomás (arquitecto). — Anteproyecto de Andrés Martínez (escultor) y José Rodríguez (arquitecto)



1. De Quintín de Torre (escultor) y Eugenio Lábano (arquitecto). - 2. De García González (escultor) y Costa Recio (arquitecto). - 3. De Mateo Inurria (escultor) y Teodoro de Anasagasti (arquitecto). - 4. De F. Escudero y Lázaro (escultor y arquitecto). - 5. De José Terencio (escultor) y Eugenio López (arquitecto). - 6. De García Carreras (escultor) y Rivera Vera (arquitecto).

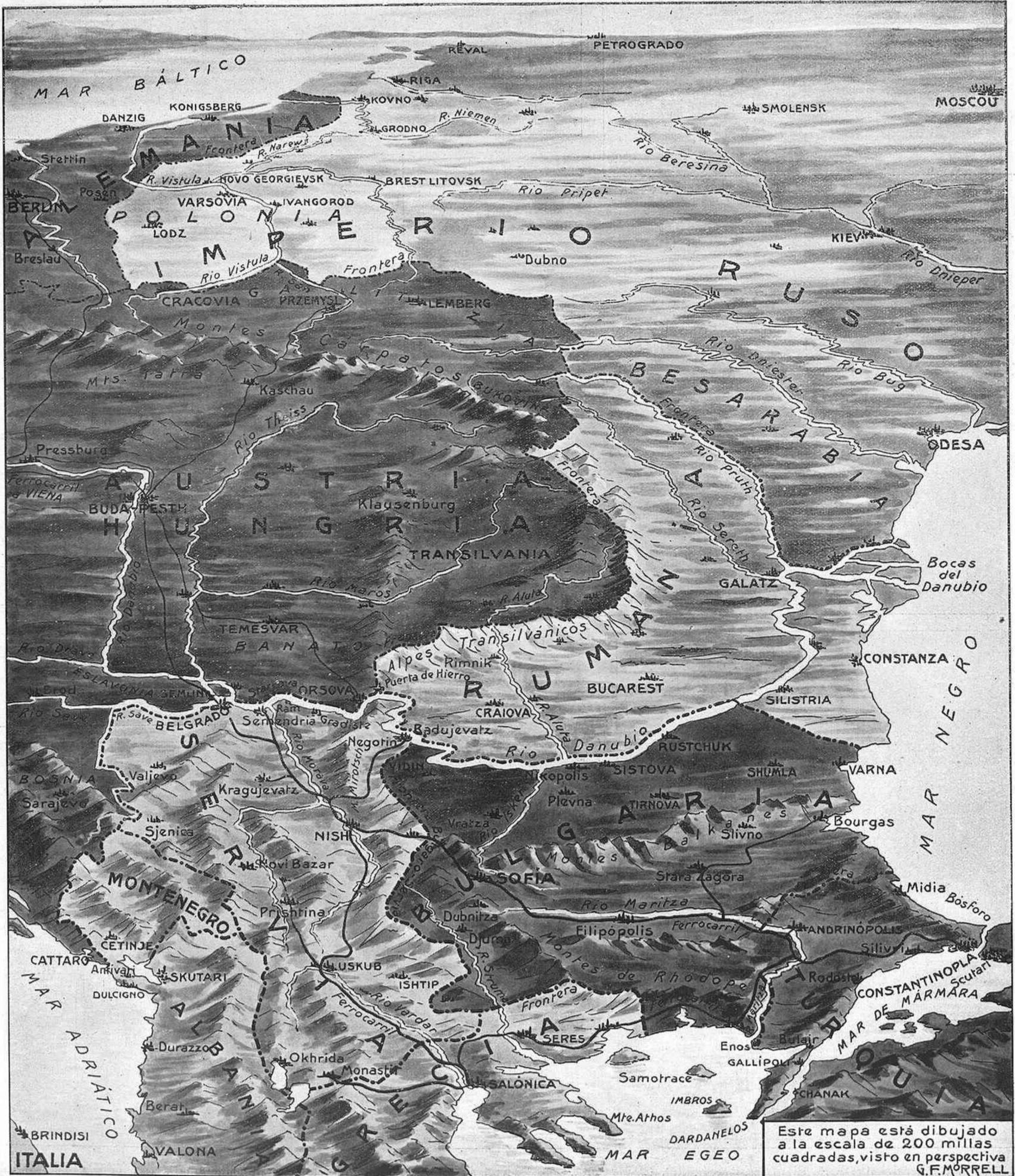


Pedro I de Servia

Fernando I de Bulgaria

Constantino I de Grecia

Fernando I de Rumania



Este mapa está dibujado a la escala de 200 millas cuadradas, visto en perspectiva G.F. MORRELL

Mapa de la península de los Balcanes. - La actitud de los Estados balcánicos es actualmente mirada con singular interés y puede llegar a ser un factor decisivo en la solución de la actual guerra europea



La guerra europea. En Artóis. - Fuerzas francesas reunidas detrás de un montículo esperando la orden de atacar las posiciones enemigas. (De fotografía de M. Branger.)

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. - Continúa en suspenso la ofensiva con tanto éxito iniciada por los aliados en los últimos días del pasado septiembre y por consiguiente las operaciones realizadas en este teatro de la guerra revisten ahora una importancia relativamente pequeña. He aquí el resumen de las principales, según los comunicados oficiales de las dos partes beligerantes.

Los aliados dicen que han fracasado los ataques o contraataques de los alemanes contra La Bassée, contra el frente inglés y francés delante de Loos, contra las posiciones situadas al Sudeste de Neuville-sur-Waars; y al Oeste del camino de Souchez a Angres; contra el fortín del bosque de Givenchy, contra la granja de Navarin; contra las posiciones conquistadas por los franceses al Norte de Tahure; así como los intentados en Lorena para acercarse a las trincheras de la región de Athenville, y los puestos avanzados de la selva de Parroy. En el frente de Reillon y Leintrey, también en la Lorena, una patrulla enemiga logró penetrar en las posiciones de primera línea; pero inmediatamente fué desalojada de ella reconquistando los franceses las trincheras momentáneamente perdidas. Además han realizado notables progresos en las cercanías de la granja de Navarin, al Sur de Thelus, en el bosque situado al Oeste del camino de Souchez a Angres, en el valle de Souchez, al Este del fortín de Givenchy, y en distintos puntos de la Champaña, en donde se han apoderado del pueblo de Tahure, alcanzando la cumbre de la colina del mismo nombre, que formaba el punto de apoyo de la segunda línea de resistencia alemana, y avanzando desde allí en dirección Norte y Sudeste.

Los alemanes dicen que han rechazado ataques al Sur de Vermelles, en la región de Souchez-Neuville, al Noroeste de Souain, al Norte y al Nordeste de la granja de Beausejour, al Este de la granja de Navarin, contra las posiciones de la fábrica de ladrillos de Ville-sur-Tourbe, al Norte de Le Mesnil y en otros varios sitios de la Champaña; que han recobrado un elemento de trinchera en las alturas de Givenchy, y otro al Norte de la granja de Navarin; que han realizado algunos progresos en el Sudoeste de Loos y tomando algunas trincheras al Oeste de Souchez y una altura al Sur de Leintrey. Confirman que el enemigo ha logrado avanzar en Tahure y al Norte de este pueblo, pero añaden que han recuperado parte del terreno perdido.

Aparte de estas operaciones ha habido en casi todo el frente los acostumbrados duelos de artillería, bombardeos, luchas con granadas de mano, etc.

Teatro de la guerra de Oriente. - Los rusos han ocupado parte de las trincheras alemanas al Norte de Birshalen, en la región de Riga, y la orilla izquierda del río Karín llegando hasta el Dana; han desalojado al enemigo de sus trincheras al Sur de Kozyani, en la región del camino de Dwinsk al Sudoeste de esta población, cerca de la aldea de Spruzhin y al Noroeste de la de Garbunowka; han tomado la aldea de Kozyani, que no tardaron en perder nuevamente; han perdido y

recuperado la de Garbunowka; se han apoderado de varios pueblos en la región de Smorgon y al Sur del Priper; han ocupado algunas posiciones en la región situada al Sur de Tartisik; han ocupado la tercera línea de trincheras enemigas en la orilla izquierda del Styr y tomado varias aldeas en aquella zona; y han obtenido algunas ventajas en la región de Rowno a Lutsk y sobre el Strypa, al Sudoeste de Tarnopol. Confiesan, en cambio, que los alemanes han tomado parte de las trincheras al Noroeste de Dwinsk, en donde la lucha continúa muy encarnizada.

Los austroalemanes han rechazado ataques delante de Dwinsk, al Nordeste de Widry, entre el lago Drisviat y Krew, empujando al enemigo al Sur de aquél, al Norte de Kozyani, al Sur del lago Wizniecos, entre el lago Begin y la región de Smorgon, al Norte de Korelitchi, en las inmediaciones de Czartorisky, al Este de Baranovitchi, contra las posiciones al Sur de Aluste (Este de Galizia), entre Rafalowka y el ferrocarril de Kovel a Rowno, al Norte de Dubno, en las cercanías

de los distintos frentes; y los austriacos dicen que en todas partes han rechazado los ataques y los intentos de avance de los italianos.

En los Dardanelos. - La escasez de noticias que de allí se reciben demuestra la poca importancia de las operaciones que en la península de Galipoli se desarrollan. Los turcos dicen que sus baterías han apagado el fuego de la artillería enemiga que en Seddul-Bahr cañoneaba su ala izquierda; y los ingleses, después de comunicar que la lucha en la bahía de Suvla continúa desde el mes pasado sin ninguna acción importante, dicen que en el centro han conquistado más de 250 metros en un frente de cuatro millas.

En los Balcanes. - Los austroalemanes, después de haber cruzado por varios puntos el Drina, el Save y el Danubio, no sin tener que vencer una obstinada resistencia de los serbios, han pasado la frontera e internándose en territorio de Servia, han tomado la capital Belgrado y han seguido progresando, ganando terreno entre Semendria y Pozarevac y rechazando al enemigo de varias posiciones.

Los serbios dicen que evacuaron Belgrado a fin de preservarla del bombardeo enemigo, que resisten victoriosamente a éste cerca de Obrenovatz, y que sus tropas conservan líneas importantes en todos los frentes.

La actitud de Grecia en el presente conflicto balcánico sigue despertando grandísimo interés en todas las cancillerías europeas.

El rey Constantino, luego que hubo aceptado, como dijimos en la crónica anterior, la dimisión de Venizelos, llamó a consulta a los expresidentes del Consejo suplicándoles que pusieran en sus opiniones todo el patriotismo que exigían las exigencias. Después de una larga discusión, acordóse constituir un gabinete de coalición presidido por el Sr. Zaimis, quien se encargó además de la cartera de Negocios Extranjeros.

El nuevo ministerio, del que forman parte Gunaris, Rhalys, Theotokis, el general Janakitsa y el almirante Cunturiotis, presentóse el día 11 a la Cámara y el presidente declaró que, después de un minucioso examen de la situación internacional, actualmente complicadísima, el gobierno apoyará su política sobre las mismas bases en que se ha apoyado desde el principio de la guerra europea, añadiendo que para mejor asegurar los intereses vitales de la nación, la neutralidad será armada.

El expresidente Venizelos contestó que la mayoría parlamentaria prestará su apoyo al gobierno mientras la política de éste no destruya las bases de la suya sobre la cual la Cámara dió ya su voto. Luego añadió: «Aunque no existiese ningún tratado con Servia, nuestro interés nos obliga a salir de la neutralidad siempre que un Estado quiera engrandecerse a nuestra costa. Aquí no se trata de si debemos o no hacer la guerra, sino de saber cuándo deberemos entrar en la lucha. De todos modos no debemos permitir que Bulgaria aplaste a Servia para atacarnos luego con todas sus fuerzas. El alma nacional dice que el interés de Grecia es que Bulgaria sea aplastada. Si Bulgaria saliese victoriosa, nuestras aspiraciones nacionales no se verían realizadas.»



Grupo de prisioneros rusos con sus pequeñas ametralladoras. (De fotografía de Hofer.)

de Olyka, en el Strypa y en la frontera de Besarabia; han penetrado en las posiciones enemigas delante de Dunabugo en un frente de un kilómetro, tomando el pueblo de Garbunowka; han ocupado las posiciones rusas al Oeste de Illuxt en una anchura de ocho kilómetros; han desalojado al enemigo de varias posiciones al Sudoeste de Pinsk, apoderándose de algunos pueblos; han ganado terreno al Nordeste de Kolki, tomando el pueblo de Lisovo; han progresado cerca del ferrocarril de Sarny a Kowel, llegando en varios puntos a la orilla del Styr y arrojando al enemigo al otro lado de este río; han hecho fracasar las tentativas de los rusos para repararlo al Norte de Czartorisky, así como los ataques dirigidos contra el ferrocarril de Kowel a Rowno; han recuperado algunas posiciones que les habían tomado los rusos al Norte de Tarnopol, y en la misma región han ocupado una altura situada al Este de Eladki y repellido varios ataques emprendidos desde esta aldea.

Austriacos e italianos. - Los italianos afirman que se han apoderado de algunas posiciones, que han destruído algunas defensas enemigas y que han rechazado ataques en varios pun-



Anteproyecto de Gabriel Tomás (escultor) y Francisco Reynals (arquitecto)



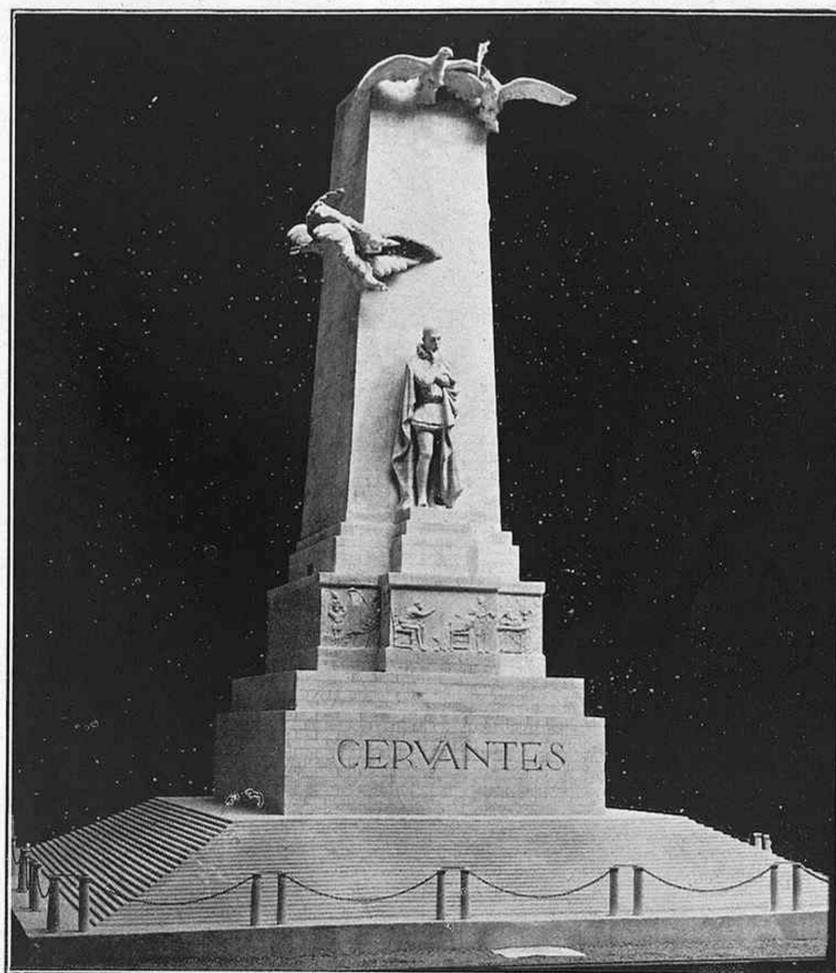
Anteproyecto de Coullaut Valera (escultor) y Martínez Zapatero (arquitecto)



Anteproyecto de Miguel y Luciano Oslé (escultores) y Pedro Mathet y Joaquín Pla (arquitectos)



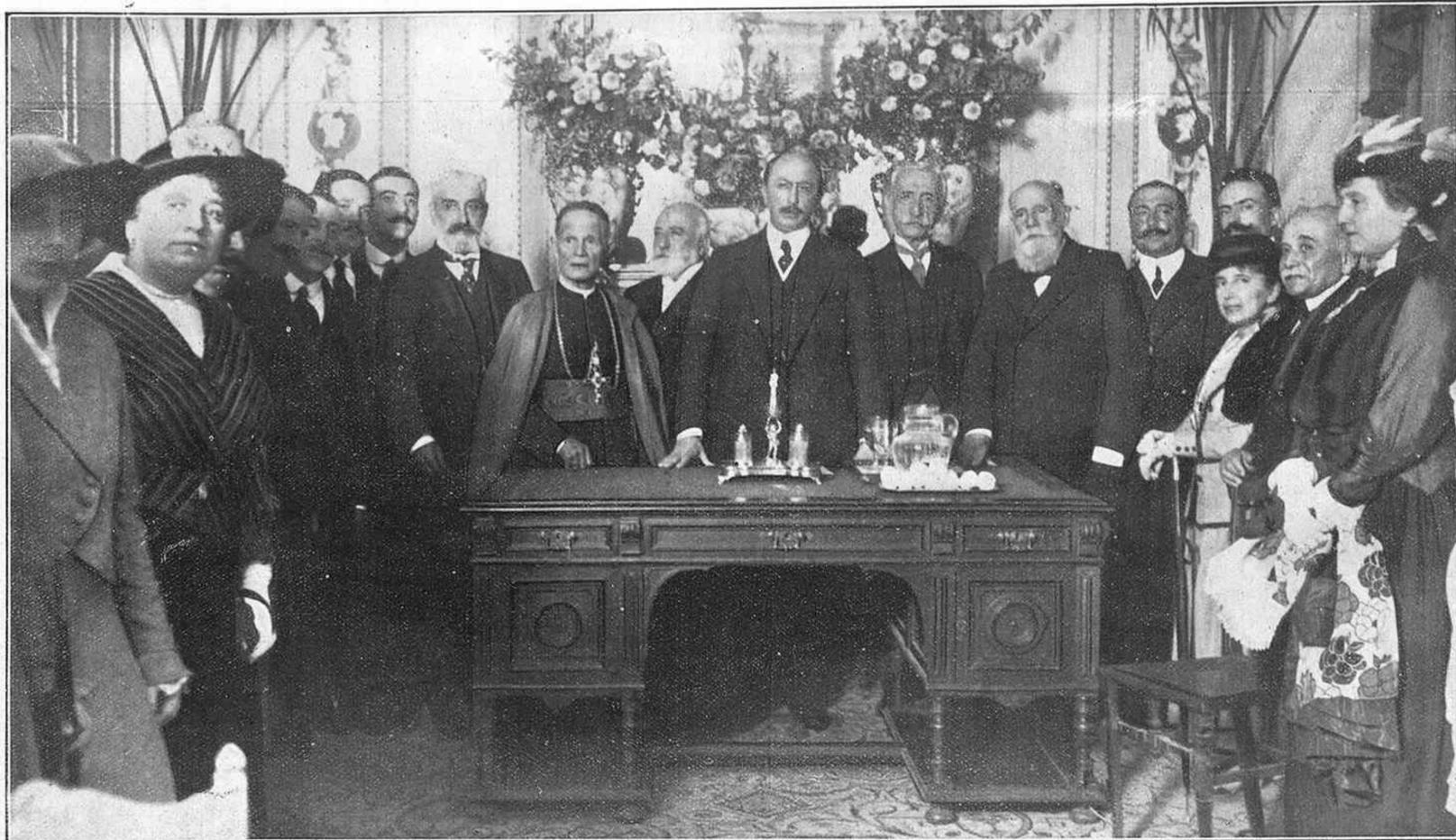
Anteproyecto de M. M.ª Marín (escultor) y S. de la Peña (arquitecto)



Anteproyecto de Manuel Delgado Brackenbury (escultor) y Vicente Traver (arquitecto)



Anteproyecto de Angel Ferrant (escultor) y Baltasar Hernández Briz (arquitecto)



Madrid. — El ministro de Estado y presidencia de la Fiesta de la Raza celebrada con gran solemnidad el día 12 de los corrientes en el Centro de la Unión Ibero-Americana (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

MADRID. — LA FIESTA DE LA RAZA

Esta fiesta se celebró con gran solemnidad en el salón de actos del Centro de la Unión Ibero Americana, que se hallaba lleno de distinguida concurrencia en la cual abundaban elegantes damas y fué presidida por el ministro de Estado, quien tenía a su derecha al obispo de Sión y a su izquierda al rector de la Universidad, Sr. Conde y Luque, vicepresidente de la Unión Ibero Americana, en representación del presidente Sr. Rodríguez San Pedro que, a causa del delicado estado de su salud, no pudo asistir al acto.

El Sr. Conde y Luque pronunció un breve y elocuente discurso exponiendo los trabajos realizados por la Unión Ibero Americana, congratulándose de los resultados obtenidos y explicando la significación de la Fiesta de la Raza.

El secretario Sr. Armiñán, después de leer una interesante Memoria, dió cuenta de las numerosas y valiosísimas adhesiones recibidas, y a continuación hizo uso de la palabra el señor Cavestany expresando su entusiasmo por el acto que se celebraba y la importancia del mismo, puesto que se encaminaba a estrechar las relaciones entre España y las naciones americanas, recordando las impresiones recogidas en su viaje a Amé-

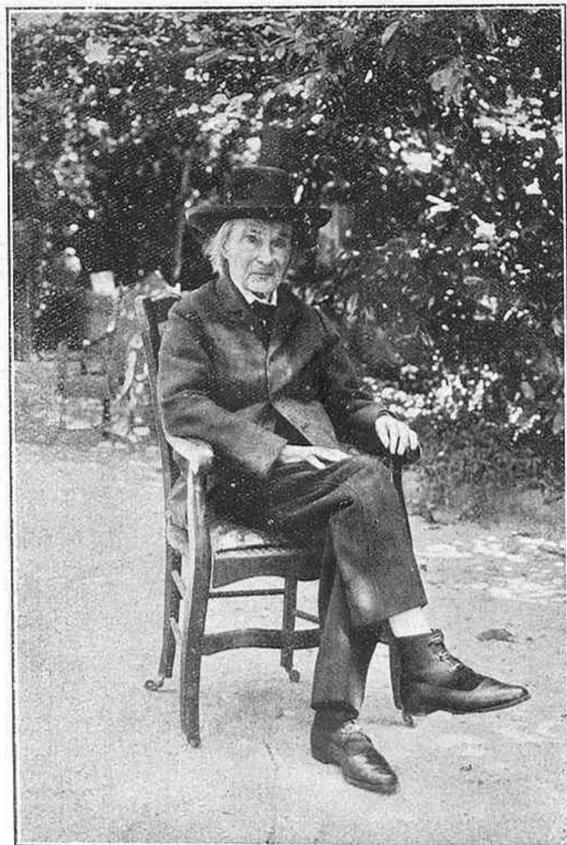
D. José Rogerio Sánchez leyó un importante trabajo del escritor ecuatoriano Sr. Tovar sobre la Fiesta de la Raza, y una inspirada poesía, *Trébol de gloria*, del poeta colombiano señor Gómez Jaime.

El senador Sr. Palomo pronunció un discurso sobre las ventajas que reporta a España la Unión Ibero-Americana y leyó algunos versos del poeta sevillano Sr. Cáceres.

El Sr. Armiñán dió lectura a un trabajo titulado *El descubrimiento de América*, del literato guatemalteco D. Salvador Falla, y a una poesía, *Gloria a España*, de D. Víctor Marfa Rendón, representante en París y en Madrid de las Repúblicas de Centro América.

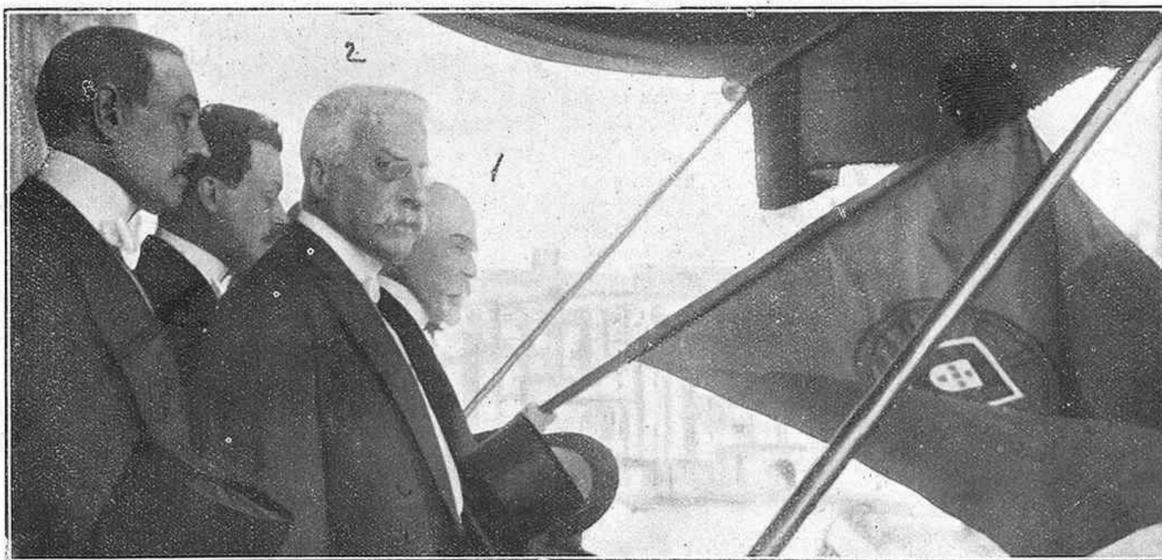
Al cabo de algunos años abandonó la enseñanza y se retiró a Orange, en donde escribió numerosos libros de educación y vulgarización científica que popularizaron su nombre y le proporcionaron los recursos necesarios para dedicarse tranquilamente a su vocación. Entonces montó en Serignán, aldea retirada a pocos kilómetros de Orange, su admirable museo entomológico y su importante laboratorio, en el que ha trabajado sin descanso hasta poco antes de su muerte, realizando descubrimientos interesantísimos sobre el instinto, la inteligencia y las costumbres de los insectos, que supo analizar como sabio y describir como poeta.

Su obra *Recuerdos entomológicos*, que tiene diez tomos, es



El ilustre entomólogo francés Enrique Fabre, fallecido en Serignán el día 11 de los corrientes. (De fotografía de Chusseau Flaviens.)

rica, y exponiendo la transcendencia que tendría para estrechar los lazos de unión con los países americanos el viaje de nuestro monarca al Nuevo mundo, en donde sería recibido con entusiasmo y grandiosidad imponderables.



Lisboa. — El nuevo Presidente de la República portuguesa D. Bernardino Machado (1) y el Presidente del Congreso (2) recibiendo desde un balcón del Palacio del Congreso las aclamaciones del pueblo, después de haber el primero prestado el juramento a la Constitución. (De fotografía de A. Rato.)

El Sr. Saralegui hizo un brillante discurso felicitando a España y América por el éxito obtenido con la Fiesta de la Raza.

El Sr. Labra, en representación del Ateneo de Madrid, de la Sociedad Colombina y de casi todos los centros y sociedades españolas establecidos en América, se asoció al acto en sentidas frases.

Finalmente habló el ministro de Estado lamentando la ausencia del Sr. Rodríguez San Pedro, a quien dedicó grandes elogios, ensalzando la obra de confraternidad que realiza la Unión Ibero-Americana y declarando que el gobierno ve con satisfacción y se asocia a estos actos que tienen como finalidad estrechar los vínculos fraternales que unen a España con las naciones americanas.

ENRIQUE FABRE

A la edad de 92 años ha fallecido en su finca de Serignán el ilustre entomólogo francés Enrique Fabre, a quien Víctor Hugo llamó «el Homero de los insectos».

Nacido en Saint-Leons, de una humilde familia de labradores, obtuvo en la facultad de Montpellier el grado de licenciado en ciencias y matemáticas y fué nombrado profesor de Física y Química de Ajaccio y más tarde de Avignón. Allí extremó las aficiones que por las cosas de la naturaleza había sentido desde su infancia y se dedicó a la Historia Natural, consagrándose al estudio de las costumbres de varios insectos.

una obra maestra que basta para inmortalizar a su eminente autor.

Hablando de Fabre ha dicho Mauricio Maeterlinck: «Ha consagrado a sorprender los pequeños secretos de los insectos, que son el reverso de los misterios más grandes, cincuenta años de una vida solitaria, desconocida, a menudo rayana en la miseria, pero iluminada cada día por el gozo producido por la conquista de una verdad, que es el gozo humano por excelencia.»

LISBOA. — TOMA DE POSESIÓN DEL NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

El nuevo Presidente de la República portuguesa tomó posesión de su cargo el día 5 del actual. Reunidas las dos Cámaras y abierta la sesión por el secretario del Senado, una comisión compuesta de diez diputados, el presidente del Congreso y once senadores, recibió en el vestíbulo al Presidente electo, el cual, una vez en el salón de sesiones, formuló la promesa de respetar la Constitución de la República y pronunció un discurso, después del cual se levantó la sesión. Seguidamente asomó al balcón del Palacio del Congreso, recibiendo las aclamaciones del numeroso público reunido delante del edificio.

Con motivo de la toma de posesión, se han celebrado en Lisboa grandes festejos, entre ellos una función de gala en el Teatro de San Carlos, una gran parada militar y una revista naval.

¿MÁS FUERTE QUE EL AMOR?

NOVELA ESCRITA EN ITALIANO POR SALVADOR FARINA, CUYA PROPIEDAD TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA



... y al ir a la iglesia acompañada del aya, la muchacha había demostrado ver con buenos ojos al joven

I

Más fuerte que el amor, para Inocencio era seguramente el deber.

Sus novias lo habían sabido tan bien, que en cierto punto de su entusiasmo habían dejado extinguir la llama de su amor para permitir que de nuevo la encendiese otro que no fuera esclavo de su trabajo al extremo de no poder robar a la casa Silioli ni un día ni una hora del tiempo pagado a fin de mes, ni una cajita de dulces, ni un puñado de piñones o de dátiles, ni siquiera cuatro higos pasos.

Las muchachas (costureras, modistillas en su mayoría) le habían abandonado siempre después del primer trimestre, y él siempre se había resignado al cabo de la primera semana.

Reconociendo que estaban en su perfectísimo derecho, el despecho apenas entraba en su corazón, y apenas había salido de él, cuando Inocencio, si por casualidad encontraba a tiro de sombrero a la costurera o a la modistilla que le había jurado eterno amor, la saludaba dignamente para darle a comprender que, no habiéndose hecho él ilusiones sobre semejante eternidad, podía ella, sin remordimiento alguno, gozar del tiempo presente — como hacía él mismo —.

Más fuerte que el amor era también para Inocencio la justicia.

Tiempo atrás, en su primera juventud, le había sucedido lo que pasa a toda la humanidad masculina:

había considerado la femenina belleza como un juguete del hombre, que si no la arrastra con cien engaños al fango, la pone en los altares, cuando no la conduce a la vicaría engañando a su propia fantasía; pero desde que Inocencio había tenido la cruel curiosidad de descender en su propio corazón (cosa que había hecho por la noche de paseo, por la mañana en la cama, siempre fuera de las horas de trabajo) había visto en él, entre tantas miserias, el poco respeto que el hombre tiene para la mujer, cuando la sacia con pocas liras o cuando la cubre de joyas para satisfacer dos vanidades.

En cada uno de estos casos, y en muchísimos otros, el hombre aparece a los ojos de Inocencio tal como es verdaderamente en presencia del bello sexo; un hipócrita, o hablando en plata, un pillo.

No queriendo empeñarse en cambiar la faz de las cosas, dejando que la humanidad hiciese lo que le diese la gana, pues a él no se le concedía el ocio necesario para hacer de filósofo, Inocencio quiso desde un principio y en toda ocasión amorosa establecer entre el bello sexo y el sexo fuerte una perfecta igualdad.

Por esto la costurera y la modista le habían abandonado.

Pero aquí se habla de tiempos antiguos, y repetimos que él nunca se había afligido en demasía por el abandono.

Se hacía de pronto una grata ilusión, le pasaba por la mente un fantasma gentil, anónimo se entien-

de, a quien él hubiera dado su propio nombre, todo el corazón, toda la fe, y una casita alegre, donde un canario hubiese cantado todo el día para hacer compañía a la señora.

Este fantasma nunca se había detenido mucho tiempo; consentía apenas, decía que sí, que hubiera alegrado la casita, que hubiera hecho la felicidad de los inquilinos, que hubiera dado alpiste al canario, pero se volvía como había venido, con una melancolía tranquila.

Porque Inocencio había pensado en la terrible alegría de la prole, y aquella gentil figura nacida de su imaginación le parecía muy capaz de llenarle la casita de hijos.

Era necesario esperar. La paciencia es fácil mientras el fantasma es anónimo; pero cuando éste dice su nombre, el nombre más hermoso que hay en el mundo, Angélica, ¡adiós resignación!

Hacía pocos días que había tenido que pasar una noche en vela interrogando con valor el porvenir, mirar de frente toda esperanza para no ser víctima de una farsa, afrontar por la mañana en su casa o en la calle al anciano padre de la muchacha y exponerle francamente el difícil caso.

¡Oh!, ¡no había tiempo que perder, porque Angélica era tan hermosa! Si no la encadenase a sí mañana mismo con un juramento, podría ser, antes de la noche, novia de otro.

¡Imagínense ustedes a su Angélica novia de otro!

¿Por qué *suz* Angélica?

Porque era el mes de María, y al ir a la iglesia acompañada del aya, la muchacha había demostrado ver con buenos ojos al joven, un verdadero joven de sedoso bigote, que se la comía con la vista aunque ella iba todavía de corto.

Angélica tenía entonces dieciséis años apenas; pero aparentaba tener al menos dieciocho, y podía muy bien desposarse con Inocencio, que aún no había cumplido veintinueve.

Un par de años de sueños, hechos entre dos que han de pasar toda la vida juntos, no son una gran pena, sino que, por el contrario, pueden parecer una preparación útil, y a Inocencio le parecían una verdadera necesidad.

Su empleo de cajero en casa Silioli le era pagado a razón de dos mil quinientas liras anuales; y fuera de la fianza de diez mil liras, que le producía el cinco por ciento, y dos mil liras colocadas al tres y medio en el Banco Popular, no poseía más que los viejos muebles de tres habitaciones en el quinto piso, y un magnífico reloj de oro — toda la herencia paterna —.

Según sus cálculos, para instalar un piso más abajo, el pequeño hogar matrimonial, aumentarlo al menos en un aposento, arrostrar con Angélica la gran alegría de tener de ella un hijo, o dos, o tres, necesitaba esperar dos años.

Transcurrido este tiempo, se le aumentaría el sueldo en doscientas cincuenta liras anuales; tendría dos mil liras más en el Banco Popular, y habrían vestido de largo a la novia.

Todo esto, naturalmente, dando por sentado que las cosas marchasen siempre bien, sin largas enfermedades, que impedirían el ahorro y pondrían al buen Silioli en la necesidad de confiar la caja a otro.

En cuanto a enfermedades, Inocencio podía hablar alegremente porque se sentía dotado de una salud de hierro, y podía darse con el puño fuertes golpes en su pecho de bronce sin hacerse el menor daño.

Cuando una idea le parecía posible, Inocencio no la abandonaba hasta que la cosa fuese un hecho. El viejo Silioli lo sabía, y, más de una vez, no sólo había aceptado su consejo, sino que tal vez para alentarle y para que adquiriese la práctica de los negocios, o tal vez porque la edad y la fortuna le habían vuelto perezoso, confiaba gustoso a su auxiliar toda la fatiga y hasta la gloria de una especulación, reservándose únicamente los beneficios.

Pero Silioli era un bonachón, flemático, muy capaz de ponderar la gratitud durante toda la semana, pero de pagar el sábado hasta el último céntimo.

A veces lo decía claramente con una sonrisa de millonario:

— Dios no paga el sábado; pero Silioli sí.

El hecho era que cada mes venían tantos sábados, que los negocios prosperaban, y el sueldo era siempre el mismo.

Sin embargo, cuando Silioli supo que su cajero había contraído esponsales con Angélica, ofreció aumentar sus honorarios hasta dos mil setecientas liras desde el día de la boda, y sabiendo la necesidad de que el matrimonio madurase, tuvo la buena idea de conceder el aumento en seguida.

Todo iba pues viento en popa.

Inocencio era ya novio de Angélica, la cual se había puesto inmediatamente una falda larga, que le daba el aspecto de una esposa hecha cuando aun le faltaban dos años.

¿Y quién sabe si tendría la paciencia de esperar tanto tiempo?

Angélica e Inocencio se habían confesado que dos años eran demasiado, pero aun no lo dijeron al anciano padre de la muchacha, el cual había accedido de mala gana a la petición de matrimonio, porque también él iba a encontrarse comprometido y quería dar a la muchacha la dote que su esposa, excelente persona, había aportado al matrimonio: poca cosa, veinte mil liras.

Pero a los enamorados les persigue la suerte; cuando menos lo esperaban, el mismísimo padre de Angélica, una noche de buen humor, abrevió la agonía, diciendo que no había que perder tanto tiempo, porque él se sentía viejo... enfermo.

— ¿Qué tienes, papá?

— No tengo nada, pero mejor sería que el matrimonio se efectuase antes de la época fijada.

— ¿Antes?... ¿Es decir?..

— Es decir dentro de un año...; es decir dentro de algunos meses...

— ¿Es decir?..

— Es decir dentro de cuatro meses, sentenció el viejo; tú tendrás entonces diecisiete años, y en mis tiempos esa edad era considerada suficiente para

hacer magníficas esposas. ¿No os parece lo mismo?

Además, diga el mundo lo quiera, las personas deben raciocinar siempre con su criterio, si lo tienen.

¡Por consiguiente, dentro de cuatro meses, la boda!

II

Pero al cabo de poco tiempo, cuando Inocencio había encontrado ya el pisito en donde constituir su nido matrimonial, cuando al ir de un lado al otro, por las calles de Milán, para los negocios de la casa Silioli, empezaba a detenerse delante de los escaparates de las joyerías, en busca de un bonito regalo de boda para su mujer, le sucedió una desventura horrenda.

Inocencio extravió sesenta mil liras pertenecientes a la casa.

Las extravió de la manera más tonta con que una cartera puede desaparecer del bolsillo de un caballero íntegro para pasar al de otro caballero poco escrupuloso.

Porque seguramente no le había sido robada, y la cosa no podía haber acaecido más que de la siguiente manera:

Era un día brumoso de diciembre. Inocencio, que había andado toda la mañana para el cobro de letras, se había servido del tranvía de sangre, como se lo enseñaba el mismo Silioli, que no tomaba nunca un coche porque cuesta un ojo de la cara; había ya embolsado sesenta mil liras, y aun le faltaba cobrar ocho mil.

Al meterse en el tranvía en la Plaza del Duomo para ir fuera del felato del Príncipe Umberto, llevaba la cartera de seguro, no sólo porque solía tocarse con un ligero movimiento del brazo, sino porque había sacado de ella una cartita de Angélica, que después de haber releído y besado con disimulo, había guardado en el bolsillo de su chaleco, sobre el corazón.

Después de haber bajado del tranvía y de haber andado algunos pasos para volver la esquina, había hecho el doloroso descubrimiento de que la cartera con las sesenta mil liras de la casa Silioli, con ochocientas liras propias, la fotografía y un mechón de cabellos de Angélica que él no hubiera dado por un imperio, todo había desaparecido de su bolsillo, o no había entrado siquiera en él.

Seguramente había creído meterla en el bolsillo interior del paletó, y en vez de esto, la había dejado caer sobre el asiento.

Inocencio desanduvo corriendo el trozo de camino recorrido y metiéndose por el túnel del Príncipe Umberto llegó a tiempo para ver de lejos en la niebla al tranvía que regresaba hacia la Plaza del Duomo.

Después de haber tratado de llamar por señas la atención del conductor, empezó a correr para que éste, adivinando su intención, pudiese detener el vehículo; el conductor lo vio en efecto, pero no se detuvo; solamente hizo en la niebla una gran señal negativa, para significar que en el tranvía no quedaba puesto.

Entonces Inocencio se sintió como clavado en el suelo; cruzaron por su cabeza diez ideas a la vez, que no le hacían dar un paso, mientras que la cartera, con todo su pasado y con todo su porvenir, se alejaba hacia la plaza del Duomo.

Se quedó con los ojos fijos en el vehículo hasta que lo perdió de vista, y apenas la niebla se cerró como una cortina tras el tesoro que representaba para él la paz, la felicidad, el amor (¡oh!, sí, ¡hasta el amor quizá!), saltó otra idea de su cerebro, y viéndolo un carruaje de alquiler, montó en él, diciendo al cochero que alcanzase al tranvía y le anduviese detrás.

La suerte le secundaba o al menos quería aparentar tenerlo contento, porque el *tram* no se detuvo nunca hasta la Puerta Nueva, donde bajaron por primera vez tres viajeros, toda una familia de provincianos, el marido, la mujer y un hijo de dieciséis años, que sabían seguramente dónde hospedarse y llevaban su maleta en la mano.

Aquella gente bonachona, que se detuvo a un lado para dejar pasar el coche antes de arriesgarse a cruzar la vía, parecía incapaz de haber encontrado la cartera de Inocencio y de no querer restituirla.

En cambio otro, que aun estaba dentro, tenía tal intención, o bien la había encontrado, bajando en seguida, y se dirigía a su casa con una miajita de remordimiento (o quizá alegremente) para examinar a escondidas la extraviada fortuna.

Porque Inocencio sabía muy bien, y si lo había olvidado, acudía ahora de nuevo a su mente con luz meridiana, que en este bajo mundo hay gente, y mucha, que cuando encuentra en la vía pública una

suma de dinero se figura que la han puesto allí para que el que la encuentre se la meta en el bolsillo; y si es pobre, hasta pueda decir que aun hay en la tierra un poco de justicia distributiva y dar por ello gracias al Santo o a la Virgen de su devoción.

Si es rico... ¡ah!, los ricos, la mayor parte de las veces, son más ávidos de dinero porque han experimentado todas sus buenas cualidades.

El *tram* continuaba en la niebla y el coche de alquiler detrás.

Había entrado en el ánimo del cajero un descorazonamiento infinito; no pensaba ya en la única probabilidad favorable, esto es que el conductor hubiese encontrado en seguida la cartera y apenas llegado a la Plaza del Duomo se apresurase a depositarla en el despacho.

Al contrario, se abatía con la certeza de que la cartera estaba perdida para siempre.

Si algo imaginaba, era el acto de estupor que haría el conductor del *tram* cuando Inocencio le tuviese que explicar la gran desgracia que había tenido; en primer lugar palabras de asombro, luego palabras de crudeza y conmiseración, si no eran de burla y de reproche, como merecía.

«¡Ah!, dice usted que llevaba sesenta mil liras en la cartera; estoy seguro de que nunca habrá tantas en la mía; pero si alguna vez quisieran entrar un momento en la mía, no las dejaría escapar como un tonto.»

Y ésta fué realmente la frase con que el conductor contestó a Inocencio; pero añadió a la palabra *tonto* estas otras: «con licencia» y luego sin amargura:

«Lo siento muchísimo; si hubiese encontrado su dinero, me apresuraría a devolverlo como es mi deber, y usted me daría una buena gratificación...»

Esto diciendo, por escrupulo de conciencia, había levantado los cojines para ver si la cartera se había corrido por detrás, y se había inclinado a mirar debajo del asiento; pero inútilmente.

Entonces al desgraciado Inocencio no le quedó más recurso que anunciar el extravío en la Mayoría municipal y en la tercera plana de los diarios.

Mientras vaciaba así su portamonedas donde sólo habían quedado unas pocas liras, la última carta de Angélica, la que casi le tocaba el corazón, le repetía una por una las bellas palabras que él se sabía de memoria, pero no tenían el poder de consolarlo.

«Esta noche he vuelto a soñar contigo; estábamos casados y éramos felices; íbamos de bracetete por un país extraño que era quizá la India o el Japón, no estoy segura; tú me preguntabas si yo te quería, y yo te contestaba que sí, que te quería mucho. Y es verdad. Esta noche, no faltes. — Tu Angélica.»

Esta cartita le había sido llevada al despacho por la criada de Angélica a la hora de la compra, y había sido un rayo de sol en aquel día de niebla.

Inocencio había suspendido su trabajo para leerla dos veces, para besarla veinte, y hasta quiso contestar dos líneas que la criada debía llevar a su adorada novia; pero no recordaba siquiera las palabras escritas a escape, sobre un montón de pagarés, entre los cuales debía elegir los cobros que tenía que hacer por la mañana y perder antes del mediodía.

Regresando instintivamente a su casa, acudió a su trastornada mente otro pensamiento inútil, y entró súbitamente en una tipografía a encargarse un aviso para fijarlo en las esquinas, con la acostumbrada promesa de una buena gratificación.

Antes de ir al despacho a dar la gran noticia a su principal, recordó que aun tenía otros cobros que hacer y quiso proceder a ellos, pero los pagarés se habían quedado en la cartera perdida.

Entonces le faltó toda la energía y prosiguió su camino al paso lento de un sentenciado a muerte.

III

Inocencio era bien quisto de todos en su oficina, porque, aunque dirigía la administración de la casa, lo hacía sin arrogancia, de una manera firme, pero no brusca, indicando a menudo la razón de cada una de sus órdenes, aunque tuviese que mandar a un mozo.

Esto muchos comerciantes se lo censuraban, y el mismo Silioli, con ser tan bueno, no creía necesario dar tantas explicaciones a sus subalternos; lo que importaba era que éstos hiciesen lo que él les había encargado, que lo hiciesen bien y pronto; y si no comprendían nada, mejor.

Inocencio no era así; un sentimiento de justicia y quizá de misericordia le hacía respetar el entendimiento humano y elevarlo cuanto pudiese; y uniendo a esta bondad una tranquila firmeza en querer

las cosas tal como había ordenado, no tenía en conciencia que lamentarse de su propio sistema.

Antes bien se alababa de este sistema, persuadido como estaba de que sus empleados trabajaban mejor sabiendo que hacían un trabajo útil.

Por consiguiente, en el camino, cuando se presentaba en la desolación de su mente esta triste idea: «¿Qué dirán los empleados?, ¿qué dirán los dos mozos?, ¿qué dirá el almacenerista?», ya le parecía oír las exclamaciones de pena y no podía dudar de su sinceridad.

Pero no estaba tan seguro del Sr. Rampichini.

Este señor era el encargado de la primera anotación; con un pie en el despacho y el otro en el almacén para las expediciones, en cierto modo se substraía, si no a la dependencia, al inmediato contacto con Inocencio.

Habiendo sido educado levíticamente, había adquirido una severidad más aparente que real; pero en substancia era más chismoso que una portera; su palabra era descolorida como su rostro, cuando no se iluminaban entrambos con la maligna alegría de coger al prójimo en falta.

Muy capaz — así se le había metido en la cabeza a Inocencio —, muy capaz de adular a uno mientras necesitase de él, y de pisotearlo después de haber utilizado sus servicios.

Todo el personal del escritorio hacía poquísimo caso de Rampichini, pero todos temían su mala lengua y sus malas artes; al mismo Silioli se le había escapado una frase extrañísima en aquel hombre bonachón en la superficie y astuto en el fondo:

— ¡Ah!, ¡usted me recomienda al Sr. Rampichini! Oiga; se lo doy por poco dinero; yo no he despedido nunca a nadie, pero daría al Sr. Rampichini dos años de sueldo cuando quisiera marcharse. ¡Y usted me lo recomienda!

El que recomendaba a Silioli aquella perla de hombre era el inocentísimo Inocencio, de quien parece que el Sr. Rampichini hablaba mal con frecuencia.

¿Y por qué, Silioli, teniendo tan mal concepto de él, no lo despedía? Quizá por la misma razón que inducía a Inocencio a recomendarlo al principal de la casa.

Mientras estas ideas pasaban por la cabeza de Inocencio, iban acompañadas de una cólera sorda contra su propia debilidad por un empleado indigno, que trabajaba poco, aprovechaba toda ocasión buena o mala para llegar al despacho con una hora de retraso o anticipar la salida, y se recomendaba humildemente a todos para que ocultasen sus faltas.

El deber imponía desenmascararlo y hacía tiempo que la justicia esperaba el gran día. ¿Quién sabe? Ese día quizá había llegado.

Apenas entrado en el despacho, Inocencio se plantó bruscamente en la estancia del libro mayor; dos empleados en conversación con el pálido Rampichini, cogieron la pluma que habían enganchado en la oreja y se inclinaron sobre los libros, mientras Rampichini, muy tranquilo, nada impresionado por la brusca entrada del cajero, recorría con los ojos el primer balance, repitiendo en voz baja:

— Finiquito.

Inocencio permanecía inmóvil en medio de la estancia, y el melifluo Rampichini preguntó:

— ¿Qué ha pasado?

— Ha pasado que he perdido la cartera...

Los dos empleados del libro mayor volvieron a enganchar súbitamente la pluma en la oreja.

— ¡La cartera! ¿Es posible?

— Seguramente; contenía sesenta mil liras ya cobradas, ocho mil en pagarés y letras a cobrar, y cerca de ochocientas liras más; todo esto ha desaparecido y no volverá.

Esto dicho, Inocencio se dejó caer sobre una silla.

Los dos empleados se miraron uno a otro, presa de una sincera compasión por aquella desventura; Rampichini estuvo admirable en ocultar sus propios sentimientos.

— Es una desgracia, pero no irremediable; ¿ha practicado usted ya las indagaciones oportunas? ¿ha anunciado la cosa en los periódicos? ¿ha avisado a la Mayordomía municipal? ¿ha hecho imprimir un anuncio para fijarlo en las esquinas? ¿Sí? Entonces es posible que usted pueda recobrar su dinero; los caballeros en toda la extensión de la palabra no abundan, pero alguno queda.

Estas palabras que Rampichini no pensaba siquiera, eran quizá la verdad; incapaces de consolar al pobre cajero apartaron de su mente el fiero propósito de escoger aquella hora solemne para arrancar la máscara a un impostor.

Otras veces, Rampichini no había tenido escrupulo de guiñar el ojo a sus colegas o de dejar esca-

par de su boca un murmullo, que podía interpretarse como una desaprobación, pero hoy quizá había olfateado el viento, y se limitó a contar a media voz a sus compañeros el caso de un amigo suyo, que había creído perder veinte mil liras, había hecho al fin publicar anuncios en los periódicos, en los ómnibus, en las esquinas y en las mesas del café; y por último, después de un gasto de cerca de doscientas liras, metiendo la mano en un bolsillo del gabán donde sólo acostumbraba a llevar la petaca, había encontrado las veinte mil liras.

Inocencio, que se había quedado mirando al suelo con el aire de un hombre a quien todo le es indiferente, fuera del diseño del embaldosado, levantó la cabeza para preguntar con cierto temblor en la voz:

— El nombre de ese amigo suyo ¿me lo quiere usted decir?

La pregunta, sencillísima, embarazó extraordinariamente a Rampichini, que balbuceó:

— Emilio... me parece.

— ¿Emilio qué?, insistió Inocencio.

— Lampioli... me parece, pero no estoy bien seguro; es un caso que me contaron...

Inocencio, levantándose de la silla, se plantó delante de Rampichini, y cogiéndole la muñeca en cuya mano tenía la pluma, le dijo en voz baja, que una cólera largo tiempo reprimida le hacía temblar:

— Oiga usted lo que le voy a decir, y oíganlo también nuestros compañeros; quiero decirle que...

Entraba en aquel momento el principal; hubo una breve pausa, después de la cual Inocencio continuó su frase:

— Quiero decirle que es usted un solemne impostor.

— Esto también puede ser, murmuró Rampichini; pero también puede ser otra cosa.

— ¿Qué quiere usted decir?

Rampichini había permanecido con los ojos fijos en el primer balance, y recorría las páginas repitiendo; *finiquito, finiquito*.

Los dos escribientes estaban ya ocupados en examinar el libro mayor.

Silioli, después de haberse acercado a ver lo que hacían dos empleados sobre el mismo libro, entró en la estancia de la caja, adonde le siguió Inocencio con la frente erguida.

IV

Una cólera, aunque injusta, es a veces buena. Sí, porque si la revelación de su propia desventura, de su propia torpeza, al principal había costado a Inocencio menos pena de la que éste se había imaginado, había contribuido seguramente a ello la injusta cólera contra el Sr. Rampichini.

¿Qué había dicho Rampichini? Había inventado sencillamente una historieta que no ofendía a nadie; y no era el momento más a propósito para desahogar su propio mal humor.

El bueno de Silioli se había quedado cabizbajo, mientras Inocencio tenía la cabeza levantada; apenas el principal volviese los ojos hacia su cajero atolondrado, éste confesaría hasta el pecado de haber maltratado injustamente a un compañero.

Pero el bueno de Silioli no le dió tiempo y dijo incorporándose:

— Ahora, lo primero es recuperar los pagarés que aun no han sido cobrados; a lo que he podido comprender, usted, que ha pensado en tantas cosas, ha dejado de hacer lo más importante en este momento. Los efectos llevan mi firma con el recibí y si han caído en manos de un pilló más diestro de lo que podemos legítimamente imaginar, a estas horas sería inútil irlos a detener; pero hace dos horas la cosa era segura.

— ¡Es verdad!, confesó Inocencio; no había pensado en ello; era lo primero que había que hacer, impedir que los deudores pagasen.

— Haga usted escribir en seguida las cartas de aviso, y que el mozo las lleve; después, vuelva usted y hablaremos.

Inocencio fué a la estancia del libro mayor; después de haber dictado a los dos escribientes la misma breve carta, variando solo la cantidad, y dadas las instrucciones para que cada uno llevase una de las cartas, tomando por cuenta de él dos coches de alquiler, se quedó solo con Rampichini, a quien quería decir dos palabras de excusa, pero no fué posible hacerle levantar la cabeza del primer balance ni borrar la mueca de sonrisa que vagaba sobre aquellos labios descoloridos.

— Había comprendido mal su intención, dijo Inocencio con acento brusco; siento haber pronunciado la palabra que se me escapó de la boca; estaba enfadado; no tengo la cabeza muy firme después de la

desgracia; ya ve usted que se me había olvidado lo más importante.

Rampichini, sin levantar la cabeza, dijo lentamente estas palabras:

— Nunca se piensa en todo.

Y continuó luego repasando el primer balance.

Inocencio buscó un significado oculto en dichas palabras, pronunciadas con demasiada lentitud, y no viendo ninguno, volvió a la estancia de la caja.

Silioli le esperaba en la misma actitud de antes.

— Esperemos que la cartera nos será restituída, dijo al ver a su empleado, y le dió la mano que Inocencio estrechó con lágrimas en los ojos.

— Gracias; gracias; gracias. Usted me da un gran consuelo en medio de mi ruina...

— ¡Ánimo! Sesenta mil liras tiradas a la calle son indudablemente una desgracia, pero no una ruina; a su edad, siempre hay tiempo de rehacerse; hace veinte años, en una baja del café perdí cien mil liras redondas, y mi casa no era tan sólida como hoy; cada ráfaga de viento que pasaba parecía que iba a llevarme por los aires; imagínese usted pues un vendaval de cien mil liras; sin embargo, agarrándome a ella con manos y pies, no me la dejé arrebatarse.

La voz de Silioli que siempre era un poco ronca, se volvió bronca en esta ocasión para tomar una gravedad paterna; pero era un esfuerzo penoso el hacerla durar así, y volvió en seguida al tono de cada día para decir a Inocencio que esperase la certidumbre antes de desesperarse, y que aun entonces le quedaría algo mejor que hacer.

Palabras llenas de juicio como las pronunciábamos todos mirando las desgracias ajenas, o las propias cuando ya han pasado y están lejos.

Inocencio, en su miseria, aun tuvo suerte. Silioli no sospechaba de él, y ésta era la mayor fortuna; la oposición hecha a las dos letras aun no cobradas llegó a tiempo, y Silioli podía hacerlas efectivas cuando quisiese.

Inocencio podía esperar ahora el resultado de los avisos puestos en los periódicos y en las esquinas.

Durante cuatro días, corrió cada mañana a la Mayordomía municipal, y cada noche se hizo medicar con una sonrisa o con un beso de Angélica.

Porque Angélica aun le sonreía y lo besaba, pues él nada había dicho todavía de su desgracia; así es que, a fin de no revelar su estado de ánimo mientras padecía el infierno de la ansiedad, al entrar en casa de su novia se volvía locuaz, hacía cien preguntas inútiles, y, apenas estimulado por una contestación, se lanzaba a una discusión con su suegro.

Este, antiguo comerciante a quien todas las empresas habían salido mal, metía de vez en cuando una frasecita sibilina para aludir a la grandiosidad de una especulación magnífica llevada a feliz éxito como las demás, es decir a la diabla; mas casi siempre dejaba que el joven se aturdiese hablando.

Pero era necesario que un día u otro Inocencio revelase su desgracia, su miseria, y quizá ese día Angélica no le presentaría sus mejillas frescas para el beso de despedida.

Cada mañana, Inocencio se prometía revelárselo todo a su novia, o mejor a su suegro, o mejor aun a entrambos, porque aun no sabía qué partido, qué miseria tomar; al mediodía se daba regularmente una vuelta por la Mayordomía municipal, donde podía ver y tocar con la mano que aun había caballeros bastante nobles para restituir pañuelos, ligas, portamonedas y brazaletes; pero el caballero que debía restituirle la cartera, y con la cartera la paz y la felicidad, no parecía.

No quería desesperarse, aunque ya habían pasado cuatro días; pero perdió toda esperanza al quinto, cuando un mandadero llevó al despacho de la casa Silioli un paquete con la cartera dentro; la cartera aun contenía las letras de cambio, las cartas, el retrato y el mechón de cabellos de Angélica; sólo faltaban las sesenta mil ochocientas liras.

En una hoja de papel blanco que el caballero restituidor había escrito en caracteres en forma de mayúsculas de imprenta se leía: «La cantidad es retenida como empréstito, pero será infaliblemente restituída con el tiempo.»

Entonces Inocencio, que ya creía verlo todo hundido en torno suyo, vió en su nueva ruina cuánta esperanza aun quedaba en pie.

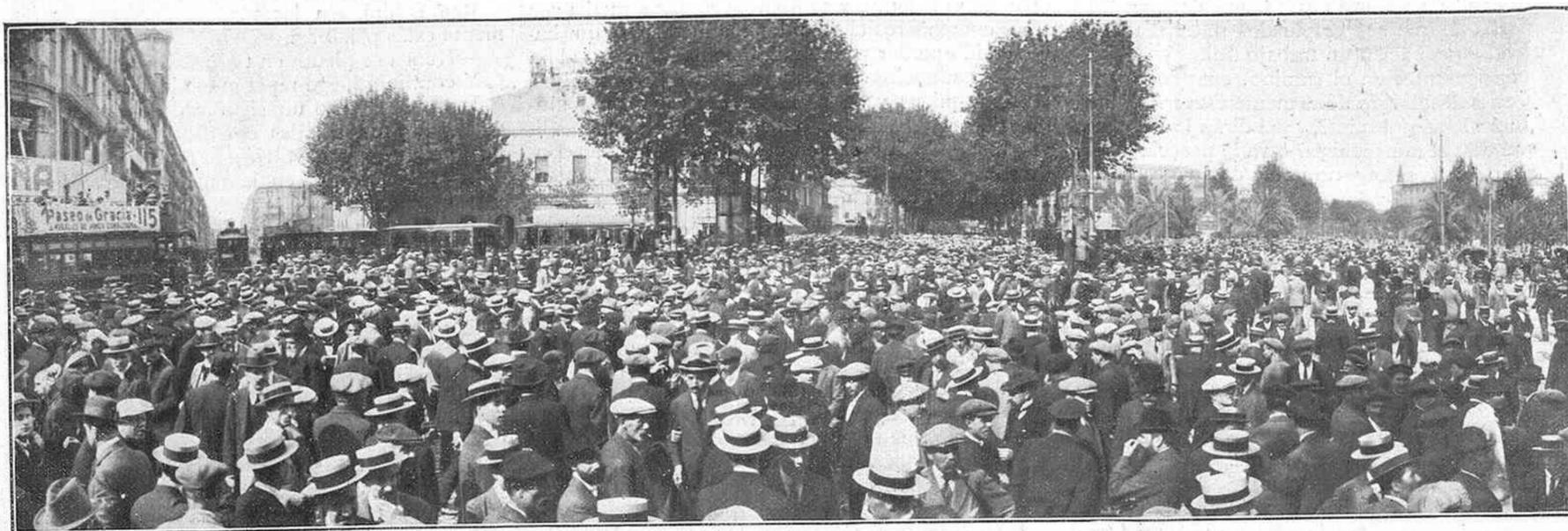
V

La cartera no daba ningún indicio del ladrón, y poca luz hubiera podido dar el mandadero, quien se había presentado a primeras horas de la mañana y había dicho en la portería estas sencillas palabras:

«Un señor me ha entregado este paquete para dejarlo aquí, en el despacho de la casa Silioli, para don Inocencio...»

(Se continuará.)

BARCELONA. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Manifestación en pro de la zona neutral y otras reformas económicas. - Aspecto de la Plaza de Cataluña en el momento de ponerse en marcha la manifestación

Asamblea y manifestación en pro de las reformas económicas. - Grandiosos fueron los actos celebrados en Barcelona el día 10 de este mes para pedir al Gobierno la implantación de la zona neutral y de otras reformas económicas y la inmediata apertura del Parlamento a fin de que en él se estudien y dis-

mento del Trabajo Nacional, del Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y de la Industria y del Centro de la Dependencia Mercantil, y varios representantes de entidades obreras.

Después de un entusiasta discurso del alcalde Sr. Martínez

municipal, con la bandera de la ciudad y presidida por el Ayuntamiento y la Diputación provincial, se dirigió por las Ramblas y calle de Fernando a la plaza de San Jaime, siendo presenciado su paso por un gentío inmenso que no cesó de aplaudir a los manifestantes.

Cuando la manifestación llegó a la citada plaza, que en aquel momento ofrecía un aspecto verdaderamente indescriptible, el secretario de la Comisión, D. José Oriol Martorell, desde el balcón central de la Casa de la Ciudad, en donde se hallaban los asambleístas, dió lectura, en medio de un profundo silencio, a las conclusiones adoptadas por la asamblea, cada una de las cuales fué acogida con una tempestad de aplausos, que al final se convirtieron en ovación estruendosa.

Terminada la lectura, dirigieron la palabra al pueblo el alcalde y los diputados Sres. Lerroux, Cambó y Corominas, que fueron ruidosamente aplaudidos.

Después, la bandera de la ciudad entró en las Casas Consistoriales entre los ensordecedores aplausos del público que llenaba totalmente la plaza y los balcones y azoteas, produciéndose entonces un espectáculo tan grandioso como emocionante.

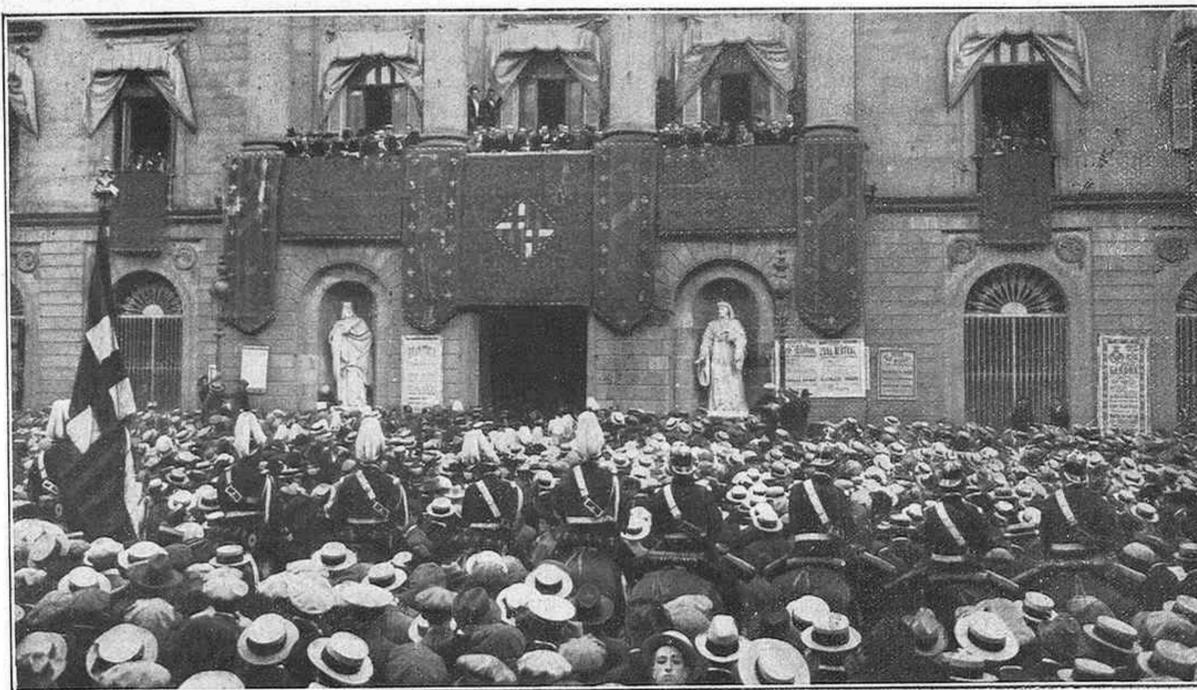
La futura Ciudad Jardín. - En los terrenos del bosque La Trinidad, propiedad de D. Manuel M.^a de Sivatte, situados a un kilómetro de San Andrés de Palomar, entre la línea férrea y la carretera, se ha inaugurado el primer chalet de la Ciudad Jardín que allí se propone construir la Sociedad Las Roquetas constituida con este objeto.

Al acto asistieron el capitán general de esta región Sr. Villar y Villate, que ostentaba la representación de S. M. el Rey y a quien rindió honores una compañía del regimiento de Alcántara con bandera y música; el alcalde Sr. Martínez Domingo, el Sr. Díe y Mas, en representación del gobernador civil; el canónigo Dr. Faura, en representación del obispo; el señor Isern, secretario de la Mancomunidad, en representación del presidente de ésta, y otras distinguidas personalidades.

El Sr. Sivatte, después de expresar su profundo reconocimiento al monarca por haberselo dignado delegar su representación en el capitán general, y a las autoridades, prensa y demás personalidades por su asistencia, dió cuenta de los propósitos de la Sociedad Las Roquetas y bosquejó a grandes rasgos su proyecto de Ciudad Jardín que, dijo, viene acariciando desde hace catorce años, habiendo adquirido al efecto hasta 30 hectáreas de terrenos.

El capitán general dió por inaugurado el proyecto y el chalet, en nombre de S. M. el Rey, y felicitó al Sr. Sivatte.

El alcalde describió lo que debe ser la ciudad jardín y tuvo también para el Sr. Sivatte frases de elogio. También usaron de la palabra los Sres. Isern y Díe y Mas, y después de bendecidas las obras los invitados visitaron el chalet inaugurado, en donde fueron obsequiados con un exquisito *lunch*.



Aspecto de la plaza de San Jaime a la llegada de la manifestación

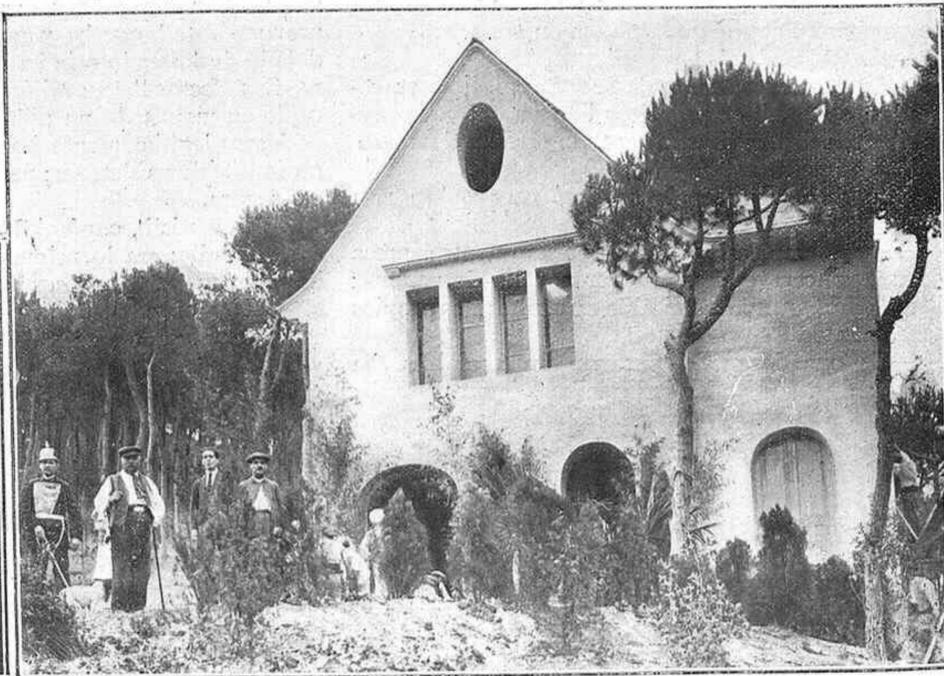
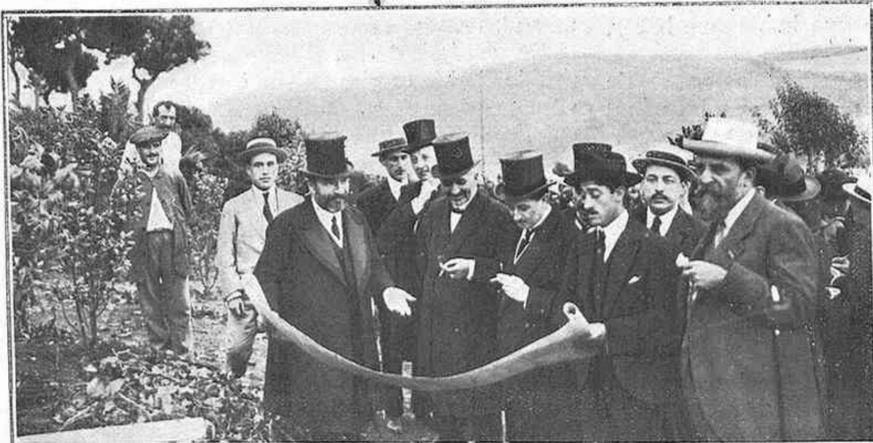
cutan los graves y trascendentales problemas que la actual guerra ha planteado y se adopten las resoluciones indispensables para que las consecuencias de la tremenda conflagración europea no sólo sean lo menos perjudiciales posibles, sino que, merced a una nueva y acertada orientación de nuestra política nacional, puedan llegar a ser beneficiosas para nuestra patria abriendo en ella nuevas fuentes de prosperidad.

Para formular estas peticiones se han unido todas las clases sociales, desde el modesto obrero al acaudalado fabricante, y todos los partidos políticos, desde el más exaltado radical al más incondicional reaccionario, habiéndose adherido a los mencionados actos 850 ayuntamientos de Cataluña, cerca de 600 entidades políticas, económicas y culturales, y casi todas las sociedades obreras.

En el histórico Salón de Ciento tuvo lugar la asamblea solemne que presidió el alcalde Sr. Martínez Domingo, ocupando los demás puestos de la mesa presidencial los presidentes de la Diputación provincial, de la Cámara Industrial, del Fo-

Domingo y de la lectura de la Memoria de la Comisión mixta consistorial dictaminadora, leyéronse las conclusiones, que fueron aprobadas por unanimidad y en medio de grandes aplausos y aclamaciones. Seguidamente usaron de la palabra los Sres. Roig y Bergadá, senador liberal; Zulueta, diputado reformista; Corominas, diputado republicano; Cambó, diputado regionalista; y Lerroux, diputado radical, ofreciendo todos ellos defender en el Parlamento las conclusiones adoptadas por la asamblea.

Mientras los asambleístas deliberaban en el Salón de Ciento, organizábase en la Plaza de Cataluña y en las vías inmediatas la imponente manifestación popular que, precedida de batidores de la guardia



San Andrés de Palomar. Inauguración del primer chalet de la futura Ciudad Jardín. El Sr. D. Manuel M.^a de Sivatte mostrando a las autoridades el plano de la futura Ciudad Jardín. - El primer chalet inaugurado

MELILLA. - INTERESANTES DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS.

En distintas épocas y con ocasión de determinadas obras fueron descubiertos en Melilla vestigios de una antigua civilización; tal sucedió al construirse la rampa de Florentina y al efectuar unos desmontes en el cerro de San Lorenzo.

En aquel sitio inmediato al mar, antiguo fondeadero de las pequeñas embarcaciones que se aproximaban a Melilla, fué hallada, hace algún tiempo, una caja de piedra, en cuyo interior había un cuerno de cabra que se pulverizó al abrir aquella y tratar de sacarlo. Posteriormente en el Barrio Real, en las inmediaciones de los almacenes de paja de Intendencia, se encontraron tres sepulturas de piedra, de forma ovalada, con esqueletos momificados que tenían en las muñecas aretes primitivos que resultaron ser de oro. Más tarde, al pie de San Lorenzo, fueron descubiertas sepulturas de origen romano y en ellas ánforas, lámparas, lacrimatorios y otros objetos artísticos que pasaron a poder de particulares.

Recientemente, al extraer tierras con objeto de sanear aquellos lugares del antiguo cementerio, se han hecho nuevos descubrimientos también de época romana habiéndose desenterrado, entre otros objetos, las ánforas que el adjunto grabado reproduce.

En vista de estos interesantes hallazgos, el general Arraiz de Conderena, presidente de la Junta de Arbitrios, ha pensado en la conveniencia de que se realicen trabajos de exploración de un modo científico y de que se cree un museo en el que se guarden los objetos descubiertos que de ello sean dignos.

Expresión de este elevado pensamiento es una carta dirigida al director de uno de los más importantes diarios melillenses, de la cual son los siguientes párrafos:

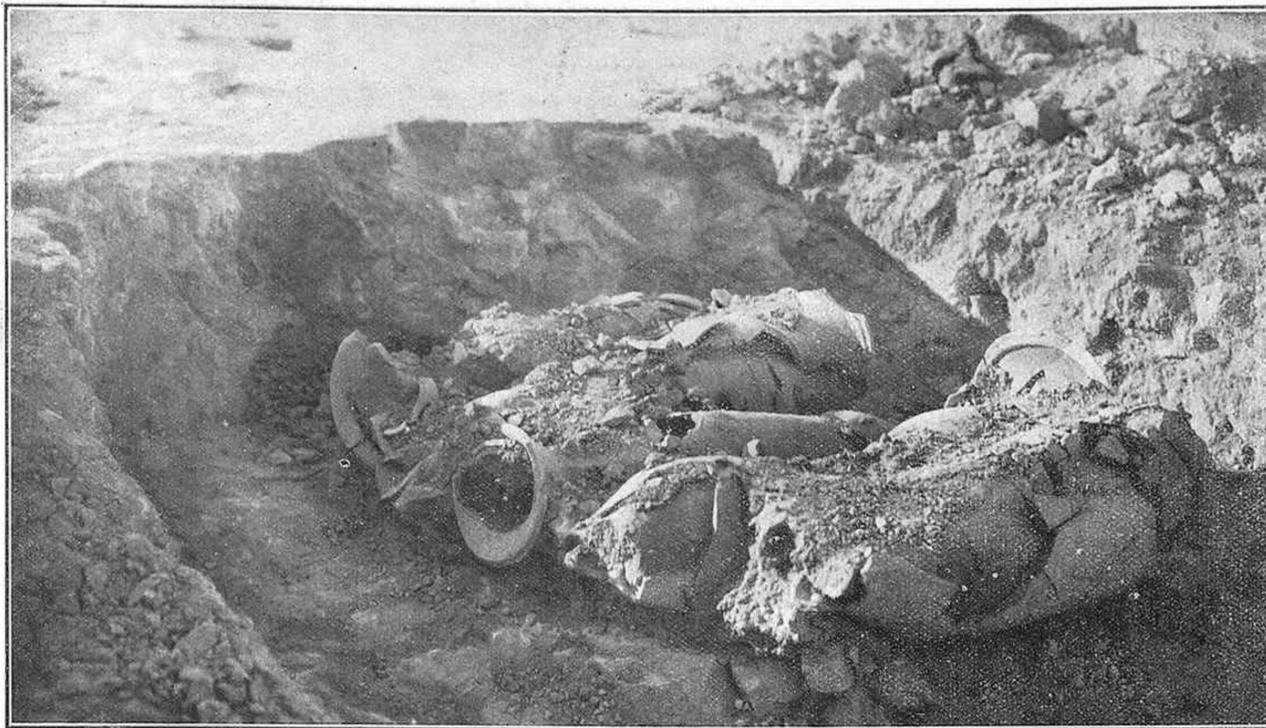
«He oído hablar de las excavaciones del cerro de San Lorenzo, y sospecho que puede ser interesantísimo el ordenar esas excavaciones de manera que las antigüedades que de ellas se obtengan sirvan para algo más que para satisfacer el capricho o la curiosidad particular.

«¿No le parece a usted que coleccionadas y tratadas con el cuidado que esas cosas merecen, podrían servir de base para constituir un pequeño museo que sería de un valor incalculable, en un pueblo que carece de tradición y testimonios de su historia antigua? ¿No le parece a usted que es la ciudad de Melilla la que debe poseer y custodiar esos objetos si tienen verdadero interés histórico?»

«Creo que si cuanto me dijeron es cierto, como hay que suponerlo, debe llamarse la atención de las autoridades locales, para que se conceda al asunto la atención que debe prestarle un pueblo culto y que debe requerirse al ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes para que sean estudiadas las excavaciones por personas de verdadera competencia en la materia, para no desmentir la bella tradición de nuestra patria, en que aparecen en íntima alianza las armas y las letras, el valor y la cultura.»

Si dignos de estudio son los descubrimientos de San Lorenzo, todavía tienen mayor importancia histórica los del Barrio Real, pues todos los vestigios de las sepulturas y las lavas sobre ellas depositadas indican que son de épocas remotísimas, desde luego anteriores a la erupción del volcán del Gurugú.

Por todas estas razones la prensa de Melilla excita al Mi-



Melilla. Descubrimientos arqueológicos interesantes. - Anforas que se han encontrado en las sepulturas de origen romano al practicar unas excavaciones al pie del cerro de San Lorenzo. (De fotografía de Lázaro.)

la mejor garantía de las innumerables bellezas de fondo y de forma que en estas cartas se admiran. Un tomo de 342 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta Alemana; precio, tres pesetas.

nisterio de Instrucción Pública a que nombre persona perita que dirija los trabajos y a que facilite, si fuere preciso, mayores cantidades de las que puede dedicar la Junta de Arbitrios a fin de dar mayor impulso a las excavaciones y de crear el Museo Arqueológico, que sería orgullo de aquella ciudad y prueba de su ilustración y de su amor a la historia.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION POR AUTORES O EDITORES.

OBRAS COMPLETAS DE JUAN VALERA. - El tomo 41 de esta importante publicación contiene la primera serie de *Cartas americanas*, que son: carta dedicatoria, sobre Víctor Hugo, el perfeccionismo absoluto, poesía argentina, un literato español en Chile, el Parnaso colombiano, azul y el teatro en Chile. Trátándose de obras de tan eximio literato, ocioso es encomiarlas; el nombre de Juan Valera es

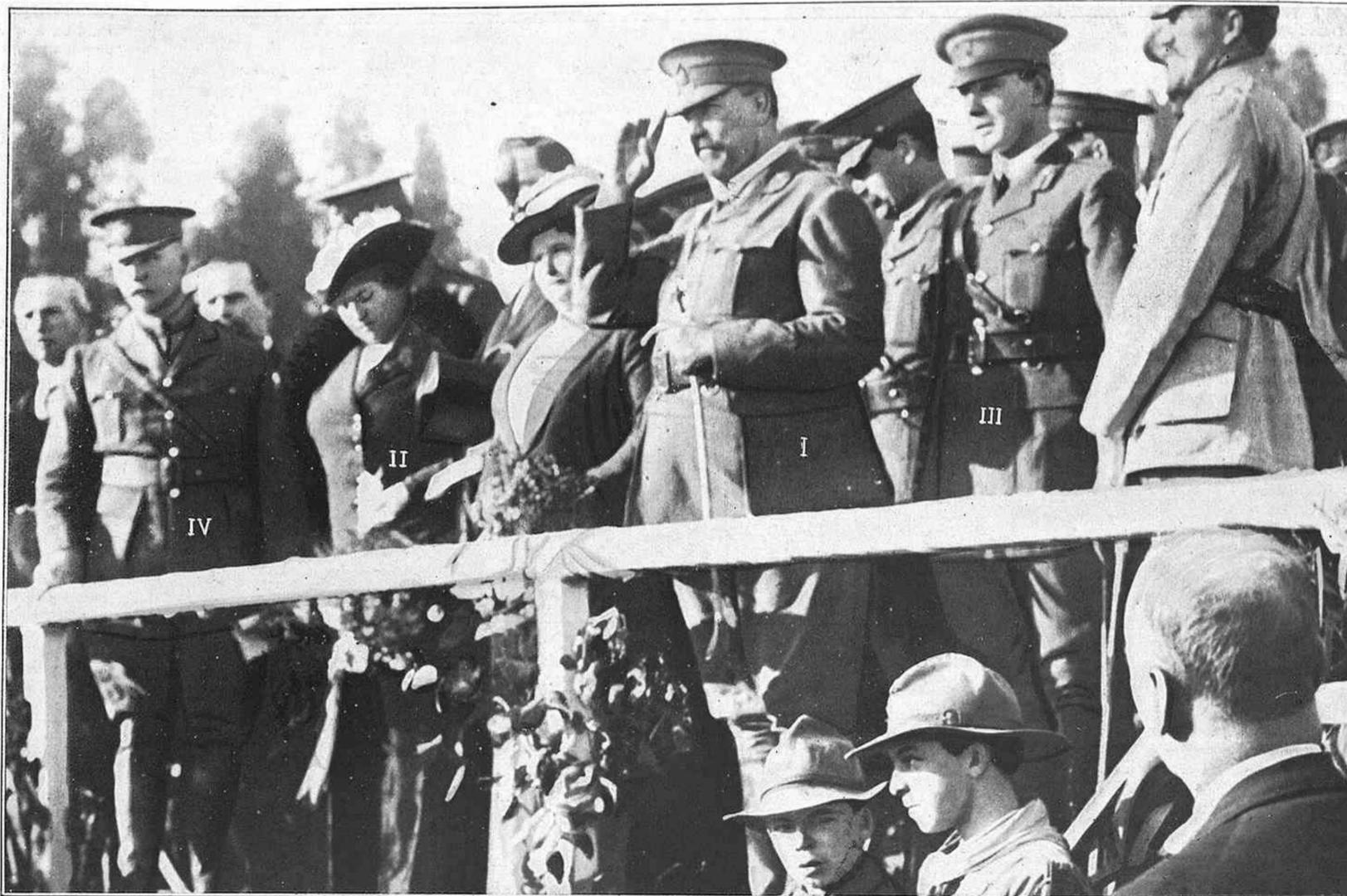
MEMORÁNDUM QUE DIRIGE AL PÚBLICO EL CONSEJO SUPERIOR DEL FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL. - Esta importante entidad que representa tantos y tan cuantiosos intereses se ha credo en el deber de explicar al público las causas y las razones que han motivado su distanciamiento del gobierno y la campaña que ha emprendido en pro de la producción nacional para salvarla de la crisis por que atraviesa como consecuencia de la actual guerra y también para dotarla de fuerzas y medios adecuados a fin de que pueda resurgir vigorosa el día en que se restablezca la paz. Con este objeto se ha publicado el folleto que nos ocupa y en el cual se analiza la conducta del gobierno desde que se inició la guerra, se explican los esfuerzos realizados por el Fomento y por la que se llamó Junta de Iniciativas, se hace notar el olvido en que el gobierno ha tenido todo cuanto afecta a los grandes intereses nacionales, y se hace un patriótico llamamiento a todos los elementos económicos de la nación, y singularmente a los representantes en Cortes, a que secunden la campaña patriótica y de nobilísimas aspiraciones por él emprendida. Un folleto de 66 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Henrich y Compañía.

NOTAS ACERCA DEL CULTIVO DE LAS ARTES Y DE LAS CIENCIAS Y ESPECIALMENTE DE LA FILOSOFÍA EN SEVILLA, por *Alejandro Chichot.* - Interesante conferencia dada en el Ateneo de Sevilla en la que su autor estudia con gran competencia el florecimiento que en aquella capital han tenido siempre la poesía y las bellas artes, el progreso que se nota en el cultivo de las ciencias y el esplendor que desde antiguo ha alcanzado allí la filosofía. Un folleto de 26 páginas, impreso en Sevilla en la imprenta de J. L. Arévalo.

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ARBOL EN ESPAÑA. AÑO 1913. - Se insertan en esta Crónica interesantes artículos de A. de Armenteras, A. Mas Vebra, J. M.ª Moar, E. Martínez Muñoz, J. Gayo de la Torre, J. A. Pérez Urruti, M. de Peñarrubia, F. Viñas, J. Maragall, J. Collell, M. Llopis y Bofill y Sánchez Guerra. Un tomo de 120 páginas con grabados, impreso en Barcelona en la Imprenta Elzeviriana de Borrás, Mestres y C.ª



El Jabon Heno de Pravia suaviza las manos.



Johannesburgo. - Gran recepción en honor de los generales Botha (1) y Smits (4), vencedores de los rebeldes que habían abrazado el partido de los alemanes contra Inglaterra en la colonia de la Unión Sud-Africana. El general Botha tiene a su derecha a su esposa (2) y a su izquierda a su hijo (3), que es capitán. (De fotografía de R. Parrondo.)

A principios de octubre del año próximo pasado, el Foreign Office publicó la siguiente nota: «Se ha recibido del gobernador general de la Unión Sud-Africana el telegrama siguiente:

»Desde la dimisión del general Bayera ha habido indicios de que no estaban las cosas como debían en las fuerzas del Noroeste de la provincia de El Cabo, al mando del teniente coronel Maritz.

»El Gobierno envió, con fecha 8 del corriente, al coronel Conrado Britis para posesionarse del mando.

»El coronel Britis mandó llamar al teniente coronel Maritz para que le informase de lo que ocurría. A este llamamiento Maritz replicó en forma nada cortés que no iba a dar explicaciones a nadie y que el coronel Britis tenía que ir a posesionarse del mando en persona.

»El coronel Britis envió entonces al comandante Bouwer para encargarse del mando de las fuerzas.

»Al llegar al campamento de Maritz el comandante Bouwer fué cogido prisionero juntamente con sus compañeros; pero puesto luego en libertad y enviado con un ultimátum de Maritz para el Gobierno de la Unión, al efecto de que, si el Gobierno no le garantizaba que permitiría a los generales Hertzog, De Wet, Beyers, Hemp y Müller entrevistarse con él, en donde él estaba, a fin de que pudiese recibir instrucciones de ellos, iniciaría un ataque contra las fuerzas del coronel Britis y procedería a invadir la Unión.

»El comandante Bouwer declaró que Maritz se hallaba en posesión de cañones pertenecientes a los alemanes y que ocupaba el puesto de general en jefe de tropas alemanas y tenía fuerzas alemanas a sus órdenes, además de la suya propia de rebeldes.

»Había arrestado a todos los oficiales y tropa que no habían querido unirse a los alemanes y enviádoslos prisioneros al Africa Sudoeste alemana.

»El comandante Bouwer vió un conveio hecho entre Maritz y el Africa Sudoeste alemana, garantizando la independencia de la Unión como República, cediendo la bahía de Walfish y otras partes de la Unión a los alemanes y respondiendo de que los alemanes sólo penetrarían en la Unión a instancias de Maritz. Maritz se jactaba de tener abundante número de cañones, rifles, municiones y dinero de los alemanes y de que invadiría toda el Africa meridional.

»En vista de este estado de cosas, el Gobierno está adoptando las medidas más enérgicas para acabar de una vez con el movimiento sedicioso y aplicar el castigo merecido a los rebeldes y traidores.

»La proclama declarando la ley marcial aparecerá el 12 de octubre.»

El Gobierno de la Unión y la mayoría del país mantúvose fiel a Inglaterra y el general Botha, que años antes había combatido tenazmente contra los ingleses en la famosa guerra del Transvaal y que ahora es uno de los más leales servidores de la Gran Bretaña, salió inmediatamente de Pretoria para ponerse al frente de las tropas, que no tardaron en derrotar a los rebeldes, dispersándolos y haciendo prisioneros a sus principales jefes.

A principios de diciembre quedaba totalmente dominada la rebelión, y el gobierno inglés, como premio a los grandes servicios prestados por el general Botha, acordó poner el nombre de éste a un buque de guerra.

Más recientemente el general Botha ha sido objeto de una entusiasta acogida en Johannesburgo, según representa el adjunto grabado.



Por la noche cené tres huevos de tortuga

RÓBINSON CRUSOE

NOTABLE OBRA ESCRITA EN INGLÉS POR DANIEL DE FOE

TRADUCIDA AL ESPAÑOL POR JUAN DE KANBACH

EDICIÓN ILUSTRADA POR EL CELEBRADO ARTISTA P. KAUFFMANN

Esta popular obra, de la que con razón se ha dicho que los niños la leen con avidez, los hombres la saborean con deleite y los viejos vuelven a leerla con nueva complacencia, pertenece al corto número de libros que, lejos de envejecer, ganan en valor y en interés en el transcurso de los años. Y este interés y este valor suben de punto en nuestros días, en que tanto se trabaja para dotar al hombre, moral y materialmente, de los medios de triunfar por sí mismo, por el solo esfuerzo de su cuerpo, de su inteligencia y de su voluntad, en la cada vez más difícil lucha por la existencia, porque las AVENTURAS DE RÓBINSON CRUSOE nos enseñan por modo admirable, cómo podemos resistir las contrariedades, aprovechar las circunstancias, defendernos contra los adversarios y vencer las situaciones que parecen más embarazosas y desesperadas.

Un tomo de nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN